Solaces
de
Un prisonnier.
Saavedra



de declamación, por Latorre: un tomo, 4.

SOLACES DE UN PRISIONERO,

ó

TRES NOCHES DE MADRID.

COMEDIA

EN TRES JORNADAS

COMPUESTA PARA EL LICEO ARTISTICO Y LITERARIO
DE MADRID,

POR

Don Angel de Saavedra,

DUQUE DE RIVAS.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1841.

ADVERTENCIA.

Por complacer á mis amigos, individuos de la seccion dramática del Liceo de Madrid, y por distraerme en una época muy embarazosa y llena de disgustos y de ansiedad, he escrito esta composicion. No fue mi intento al emprenderla hacer un drama histórico *ni una* comedia de costumbres; *ni me propuse pintar una pasion, ni retratar un caracter. Tampoco pretendí cumplir con la* alta mision de poeta, *dando lecciones al mundo, y mejorando la sociedad. Nada de esto. Mi intento fue solo el de ocupar mi imaginacion, y el de proporcionar á mis lectores ú oyentes un par de horas de honesta diversion y entretenimiento, con lances verosímiles mejor ó peor enlazados, con un diálogo claro y agradable, y con los versos mas sonoros y fluidos que le es dado producir á mi pobre musa. Si lo consigo he llenado completamente mi propósito. Y ruego á los críticos de todas las sectas literarias, que tengan la bondad de no juzgar esta obra por las reglas que respectivamente profesan, pues no me he sujetado á ninguna al componerla; júzguenme, pues, solamente por el placer ó fastidio que les cause la lectura ó la representacion de esta comedia.*

PERSONAS.

EL REY FRANCISCO DE FRANCIA, galan.
EL EMPERADOR CARLOS V, galan.
DOÑA LEONOR, dama.
DOÑA ELVIRA, dama.
EL CONDE, barba.
EL COMENDADOR, viejo.
DON HERNANDO DE ALARCON, viejo.
ANACLETA, dueña.
LEONARDA, criada.
PIERRES, gracioso.
TOMATE, lacayo.
UN ALCALDE DE CORTE.
TRES ALGUACILES.
RONDA, con linterna.

La accion pasa en Madrid en el año 1525.

Jornada primera.

ESCENA PRIMERA.

El teatro representa una calle de Madrid, de noche, y salen embozados EL REY y PIERRES.

PIERRES. La noche está tan oscura
que ni los dedos se ven,
y si has de reñir tambien,
no pegarme á mí procura,
como anoche aconteció:
pues cuando á palos andabas
y á los músicos cascabas,
un trancazo me alcanzó.

REY. No habrá esta noche quimera;
que no siempre hemos de hallar
músicos que apalear.

PIERRES. El cielo santo lo quiera,
y darte juicio, señor.

REY. ¿Y en qué me falta juicio?

PIERRES. En buscarte un precipicio
tras estos lances de amor.
De que prisionero estás,
y de que á hurtadillas sales
donde es fácil que resbales,
olvidado siempre vas;
y emprendes á cuchilladas,
sin temer ser descubierto,
que va á ser el fin por cierto,
señor de estas escapadas.
Y yo el que pague el escote,

por ir siempre junto á tí.

REY. ¿Qué pueden hacerte, dí?

PIERRES. Nada: apretarme el gañote.
Si el perrazo que nos cela
oliese algo.... ¡San Antonio!
con él el mismo demonio
fuera un niño de la escuela.

REY. Advierto por cuanto dices
que el alcaide es tu manía.

PIERRES. Lo traigo de noche y dia
á caballo en las narices.
¿Y es viejo con quien se puede
andar en burlas, señor?

REY. No á fé, que á nadie en valor
y en noble entereza cede.

PIERRES. Pues verás....

REY. ¿Qué, majadero,
si está en su cama roncando,
muy ageno de que ando
haciendo á damas terrero?

PIERRES. Si armas tanta bataola,
metiéndote á espadachin,
ha de descubrir al fin
que le hacemos la mamola.—
Mas si esta es la casa, ¿qué
esperas?

REY. A que el reló
dé las once.

PIERRES. Ya las dió.

REY. Mas la seña aun no se vé.

PIERRES. ¡Pese á la dueña ladina,
y lo que esta noche tarda!
Pues yo con un canto....
(*Busca una piedra por el suelo.*)

REY. Aguarda,
que hácia aqui una luz camina.

PIERRES. (*Asustado.*) ¿Una luz?.. Sí. Valga al diablo!...
Y mucha gente.... ¡Ay de mí,
que ya tenemos aqui
al alcaide!... Guarda Pablo.
Retirémonos, si no....

REY. Sabe, para tu gobierno,

que aunque viniese el infierno
no he de retirarme yo.

PIERRES. A Dios.... Pendencia tenemos.

REY. De mi acero á un solo amago
la luz importuna apago,
y luego despues veremos.

PIERRES. Despues que apagues la luz,
¿qué, señor, hemos de ver?

REY. Toda esa gente correr.

PIERRES. ¿Son demonios, y tú cruz?

REY. (*Saca la espada y vuelve á embozarse.*)
Si de estorbo has de servir,
sepárate pronto á un lado.

PIERRES. ¿Que estorbo soy, has dudado
si se trata de reñir? (*Se separa.*)

Salen el ALCALDE, los TRES ALGUACILES, y otros que forman LA RONDA, con una linterna encendida.

ALCALDE. ¿Quién va á la ronda?... ¿Quién va?
¿Quién va á la ronda?

REY. Ni voy,
ni vengo, que quieto estoy.

ALCALDE. ¿Y qué es lo que haciendo está?

REY. Tomando el fresco.

ALCALDE. Acercadle
la luz, y reconocedle;
y si armas lleva, prendedle,
y á un calabozo llevadle.

REY. (*Aparte.*) Con la justicia este enredo
me pesa, que el ampararla
es mi oficio; mas dejarla
reconocerme no puedo.
¡Gran compromiso!... (*Alto.*) Mirad...

ALCALDE. Nada hay que ver. Al momento
mi superior mandamiento
con ese hombre ejecutad.

REY. (*Aparte.*) ¡Grave apuro!...
(*Se desemboza, da de cuchilladas á todos y se apaga la luz.*) Pues yo asi (*Alto.*)
me dejo reconocer,
que ni al infierno poder

le concedo sobre mí. (*Vase.*)
ALGUAC. 1.º Es un demonio
ALGUAC. 2.º (*Cayendo atropellado.*) ¡Ay!
PIERRES. (*Aparte.*) Con él
me escurro, pues paso abrió.
(*Vase, y lo sigue el alguacil tercero.*)
ALCALDE. Favor al rey.
ALGUAC. 1.º Escapó.
ALGUAC. 2.º Pues que le siga Luzbel.

Sacan luces á algunos balcones, se abre una puerta del fondo, y sale EL COMENDADOR con espada y broquel, sin sombrero, y como de casa.

ALCALDE. (*Reforzando la voz.*)
¡Animo!... Favor al rey.
COMEND. A dársele vengo yo,
que del que noble nació
el dárselo, y pronto, es ley.
¿Qué desorden ha ocurrido?
ALCALDE. Un hombre, que con malicia
se resistió á la justicia,
y que con ella ha reñido.
A la espada mano echó,
la luz matando, y valiente
acuchillando á esta gente,
sin saber cómo, se huyó.
COMEND. Detrás de él, señor alcalde,
vamos.
ALGUAC. 3.º (*Que vuelve cansado de haber perseguido á Pierres y al rey.*) Imposible es.
Yo que tengo buenos pies
le he seguido, pero en balde.
La oscuridad le ha salvado;
tomó por la callejuela,
y no corre sino vuela,
y juzgo va acompañado.
COMEND. Un raterillo será.
ALGUAC. 1.º Debe ser gran malhechor.
ALCALDE. Él es hombre de valor,
mas quien es Dios lo sabrá.
COMEND. Señor, el desaire siento

en que la justicia queda;
si algo juzgais que yo pueda
por ella hacer, al momento
cumpliré vuestros mandatos,
que á un hidalgo militar
le toca siempre vengar
semejantes desacatos.

ALCALDE. Hablais como bien nacido:
que á la justicia del rey
acatar, suprema ley
de los nobles siempre ha sido.
Mas gracias tan solo os doy,
pues no necesito nada.
Esto es ya cosa acabada.

COMEND. A todo dispuesto estoy;
y si descansar gustais
esta es mi casa: os la ofrezco.

ALCALDE. Con el alma lo agradezco;
como quien sois os portais.
Es precisa obligacion
seguir la ronda. (*A la gente.*) Encended
esa linterna, y tened
mas pies ó mas corazon.
(*Vuelve uno con la linterna encendida.*)
Dios os guarde, caballero;
mil gracias, y descansad.
(*Vase con toda la ronda.*)

COMEND. Con cuanto valgo contad;
con mi casa y con mi acero. (*Vase.*)

ESCENA II.

Sala de una casa particular, con mesa y sillas, una puerta en el fondo, y salen DOÑA LEONOR y DOÑA ELVIRA, muy sobresaltadas ANACLETA y LEONARDA, cada una con un candelero en la mano y las velas encendidas.

D.ª LEONOR. Él era, sin duda, Elvira,
y acaso ya preso va.

D.ª ELVIRA. Él era, segun la hora,
y como no pudo entrar....
D.ª LEONOR. La tardanza de Anacleta....
ANACLETA. Señora, sin seso estás:
No ha sido tardanza mia,
ha sido que la señal
no pude hacer, porque estaba
el amo sin acostar.
LEONARDA. *(Observando.)* La calle se ha sosegado;
no suena una mosca ya,
y el señor por la escalera
sube y se nos viene acá.
D.ª ELVIRA. Disimula, prima mia,
no dejes ver tu ansiedad,
pues que vuelve nuestro tio
y pudiera sospechar.

Sale EL COMENDADOR. Anacleta y Leonarda ponen las luces sobre la mesa.

D.ª LEONOR. *(Con ansiedad.)*
¿Qué ha sido, señor, el lance?
COMEND. Nada ha sido en realidad,
y mucho. Nada, porque
el hombre sin hacer mal
parado estaba en la calle;
y mucho, porque insultar
osó á la justicia. Nada,
porque el hombre se fue en paz;
mucho, porque ha apaleado
á alguaciles y demas.
Pero sosegado todo,
y tranquilo queda ya.
Sigue el alcalde su ronda,
y el hombre, que es bravo asaz,
ya descansando en su casa,
si es que la tiene, estará.
D.ª LEONOR. ¿Con que se salvó?
COMEND. Salvóse.
D.ª LEONOR. ¿Y ha habido sangre?
COMEND. No tal;
trancazos y mas trancazos,

y voces, y nada mas.
Estas rondas de alguaciles
son siempre cosa fatal.
Sin motivo empeñan lances,
por si hay algo que pescar;
y en hallando resistencia
al punto se hacen atrás,
quedándose la justicia
desairada, que es gran mal.
Los soldados solamente
son los que saben rondar,
pues como nunca escribanos
con ellos á ronda van,
ni esperan recoger multas,
ni incomodan al que está
sin hacer daño, y en viendo
motivo, saben pegar.
Ya es de recogernos hora.
Leonarda, baja al zaguan,
y echa la llave á la puerta.
Sobrinas, con Dios quedad.

(*Vase por la puerta del fondo, y vase Leonarda.*)

ANACLETA. Si hace dos horas se hubiera
su merced ido á acostar,
de toda esta zalagarda
nos ahorráramos el mal.

D.ª LEONOR. Pues que se marchó mi tio,
otra vez mira si está
la calle sola, que acaso
aun puede volver don Juan.

D.ª ELVIRA. Dudo que vuelva esta noche.

ANACLETA. (*Figurando que se asoma á un balcon.*)
Es tanta la oscuridad
que nada se vé, señora.

D.ª LEONOR. No importa; pon la señal,
y está, como siempre, alerta.

ANACLETA. Pondré el pañuelo, mas ya
aunque vuelva, muy dificil
ha de ser que pueda entrar.

D.ª LEONOR. Si torna, y entrar no puede,
por la reja del portal
ó por el jardin, si es pronto,

hablar conmigo podrá.

D.ª ELVIRA. ¿No fuera, prima, mejor...?

D.ª LEONOR. Tú lo que temiendo estás
es que el reló dé la una,
porque el mio y tu galan,
no se encuentren en la calle,
y la enrede Barrabás.
Pero son las once y media,
y yo cuidosa ademas
sabré evitar un encuentro.

D.ª ELVIRA. Sé que bien medido va
el tiempo, y que incomodarnos
es imposible, jamás;
pero como por las verjas
del jardin dices....

D.ª LEONOR. Es tal
mi turbacion, que lo dije,
prima mia, sin pensar.
El jardin es tu terreno,
y en quietud lo gozarás.
Pues sabes, amada Elvira,
que sangre y cariño en tan
estrecho lazo nos unen
que un alma somos no mas.
Anacleta, atenta escucha,
y si notas....

ANACLETA. Descuidad. (*Vase.*)

D.ª LEONOR. (*Se sienta.*)
Supuesto que ya la dueña,
por mí alerta, en su balcon
espera con atencion
si acaso advierte la seña,
que anhela mi corazon;
y supuesto que Leonarda,
dentro de tu camarin,
el trinar del bandolin
cuidosa, cual siempre, aguarda,
para llamarte al jardin;
ambas, si no te importuna,
aqui podemos charlar:
puesto que me iré á acostar
en cuanto suene la una;

que no te he de incomodar.
Pero entretanto que da,
como es, prima, el tiempo mio,
no te incomodo; y confio
que en tu amistad hallará
consuelo mi desvario.
Pues estoy, te lo confieso,
tan enamorada, y tan
prendada de mi don Juan,
que tengo perdido el seso.—
¿No es discreto?... ¿No es galan?

D.ª ELVIRA. (*Apoyándose en el respaldo de la silla de doña Leonor.*)
No sé, que decir, Leonor,
recordando la altiveza
con que ornabas tu belleza,
al verte hoy con tanto amor
trastornada la cabeza.

D.ª LEONOR. Si lo consideras bien
de ese tu asombro saldrás.
Advierte que errada estás;
porque dime, prima, ¿quién
dió al amor reglas jamás?
Fue altivo mi pensamiento
mientras ninguna aficion
penetró en mi corazon:
logrólo una, y al momento
se mudó mi condicion.
Que por haber sido esquiva
un año, ni dos, ni tres,
preciso, prima, no es
que lo sea mientras viva,
libre de todo interes.
Que el ser duro un corazon
no es culpa suya en verdad,
culpa es de la habilidad
de quien fuera de sazon
pretende su voluntad.
Y la altivez de muger,
por mucho que quiera ser,
dura hasta que de su pecho
el camino mas derecho

llega un venturoso á ver.

D.ª ELVIRA. ¿Mas cómo en tan pocos dias,
perdiendo tu altiva calma
á punto que desvarías,
pudiste rendir el alma
al amor que aborrecias?

D.ª LEONOR. ¡Ay Elvira, del amor
no acontece la ruina
con el paso á que camina
lento el tiempo destructor:
es la esplosion de una mina.
Y se dice dar flechazo,
herir con amor, porque
ni se aguarda ni se ve;
llega de golpe y porrazo,
y sin saber como fue.
Y llama, prima, en rigor
que en encenderse retarda,
y obsequio y ruegos aguarda,
si acaso es llama de amor,
es una llama bastarda.
Que amor no quiere razon
para serlo, nace y crece
sin motivo ni ocasion,
y al mismo paso perece.
¿Quién comprende el corazon?

D.ª ELVIRA. Al cabo un aventurero,
galan sí, pero estrangero,
que quien es no hemos sabido,
el afortunado ha sido,
que rinde tu pecho fiero.

D.ª LEONOR. No sé yo que para amar,
pues que no está en nuestra mano,
sea preciso examinar
si el galan es castellano,
estrangero, ó de ultramar.
Y don Juan por ser frances,
no pierde nada, á fé mia,
pues de su noble hidalguía
prueba harto patente es
su discreta bizarría.
Ni es, prima, un aventurero;

es un noble caballero,
que de caballero á ley
viene á servir á su rey,
que está en Madrid prisionero.

D.ª ELVIRA. Siempre anda en la noche oscura....
siempre ocultarse procura....

D.ª LEONOR. Al objeto con que viene
á España, tener conviene
gran recato y gran cordura.
(Con cariñosa malicia.)
Mas ahora voy contra tí,
pícara, que asi me arguyes,
pues aunque mis ojos huyes,
no me la pegas á mí.
Pero no estás, ya se ve,
como estoy yo enamorada,
y puedes disimulada
caminar con cauto pie.

D.ª ELVIRA. *(Sonriendo.)*
Lo estoy, prima.

D.ª LEONOR. No lo estás;
lisonjeada sí.

D.ª ELVIRA. Leonor....

D.ª LEONOR. Con mas orgullo que amor,
tras de un alto empeño vas.

D.ª ELVIRA. *(Fingiendo ingenuidad.)*
¿Pues don Felix Coronel...

D.ª LEONOR. Don.... ¿qué?—Tu labio parece
que á ese nombre se entorpece
y que no atina con él.
¡Don Felix!!! Quien es tu cuyo
hasta con él aparentas
ignorarlo, y asi aumentas
mas que tu delirio el suyo.

D.ª ELVIRA. *(Turbada.)*
¿Yo, prima?

D.ª LEONOR. Aunque eres discreta,
colorada te me has puesto,
y es seguro indicio esto
de que te acerté la treta.
En fin, en vano procuras
que yo quede convencida,

porque entre sastres, querida,
no se pagan las hechuras.—
Que era estrangero don Juan
me digiste, y considero
que tambien es estrangero
tu don.... en fin, tu galan.
Y tambien, por vida mia,
se oculta, y hace muy bien.

D.ª ELVIRA. De tu malicia deten
el vuelo, que se estravia.

D.ª LEONOR. No se estravia por cierto,
ni se sale del camino,
y ese afan que de contino
en tí, amada Elvira, advierto
de que no se hallen los dos
en la calle, es muy prudente;
y no es tuyo solamente,
que es tambien mio por Dios.
Tengo en ello gran cuidado,
con inquietud lo vigilo,
porque diz que siempre el hilo
quiebra por lo mas delgado.
Ya, querida prima, ves
que aunque eres tan reservada,
nada se me oculta, nada.

D.ª ELVIRA. Penetracion grande es
la tuya, te lo confieso;
mas sospechas hay no mas
de lo que afirmando estás.

D.ª LEONOR. Sospechas de mucho peso.

Sale ANACLETA.

ANACLETA. (*A doña Leonor.*)
Ya es muy tarde, señorita,
y sin fruto el esperar;
podeis muy bien renunciar
por hoy á tener visita.

D.ª LEONOR. ¿No has visto nada en la calle?

ANACLETA. Varios hombres que cruzaron
pero que no se pararon.

D.ª LEONOR. ¿No conociste en el talle....

ANACLETA. Los bultos tan solo ví,
que la noche es muy oscura.
D.ª LEONOR. Aun mas lo es mi desventura;
todo me sucede así.

Sale LEONARDA.

LEONARDA. (*A doña Elvira.*)
Pronto, bajad al jardin,
que aunque no ha dado la hora,
el galan que os enamora
ha tocado el bandolin.
D.ª LEONOR. Eres, Elvira, dichosa,
y debes serlo en rigor.
D.ª ELVIRA. Otra noche, mi Leonor,
serás tú la venturosa. (*Vanse.*)

ESCENA III.

Jardin con parte de verja á un lado, y en ella una puerta practicable, por la que salen embozados EL EMPERADOR y TOMATE, este con un bandolin en la mano, y queda á la parte de afuera EL CONDE.

EMPERAD. (*A la puerta.*)
Esos galanes me dán
cuidado, conde, por Dios;
pues dos noches van ya, dos,
que en estas calles estan.
CONDE. Si me hubiérais permitido
reconocerlos, acaso....
EMPERAD. Hubiera sido mal paso
un lance comprometido.
CONDE. ¿Si quereis que hasta la aurora
yo atento la calle ronde....
EMPERAD. No es ya necesario, conde.
Id á descansar ahora.
Un breve instante esperad,
y al momento os podeis ir.

CONDE. Mi obligacion es servir
siempre á vuestra magestad. (*Vase.*)

EMPERAD. Fuerza es dejar la relevante esfera
de la alta magestad, del sumo mando,
para poder gozar de cuando en cuando
los bienes de la vida placentera.
El blando amor, y la amistad sincera
huyen del trono y del poder temblando;
aunque en el trono y el poder, ansiando
dulce amor y amistad, un hombre muera.
De la vida comun yo, asi encubierto
mi nombre y mi dominio sin segundo,
vengo á buscar el sosegado puerto:
¿Pues qué sin amistad y amor el mundo
es para el hombre? Un árido desierto,
un ciego abismo, un piélago profundo.
(*Se pasea.*)

TOMATE. Señor, doña Elvira llega.

EMPERAD. Mas bien dijeras el sol,
con cuyo hermoso arrebol
en luz mi pecho se anega.

Sale DOÑA ELVIRA.

D.ª ELVIRA. Don Felix....

EMPERAD. Mi señora:
hoy madruga la aurora
y mas temprano para mí amanece;
tal vuestra faz hermosa resplandece
á mis amantes ojos,
que estas sombras son ya celages rojos,
y vuestra luz divina
me abrasa el alma, el pecho me ilumina.

D.ª ELVIRA. Siempre galan, y siempre lisonjero.

EMPERAD. Siempre rendido amante,
que os ofrece anhelante
un alma ardiente, un corazon sincero;
un alma, un corazon.... ah!... (permitidlo
á mi labio y oidlo)
á quienes turba y viste
hoy una sombra oscura,
que aun á vuestra presencia se resiste

cubriéndolos de luto y de amargura.

D.ª ELVIRA. ¿Y qué sombra, don Felix?.. No os comprendo.

EMPERAD. Ni tampoco me entiendo,
señora, yo á mí mismo,
porque un pecho celoso es un abismo.

D.ª ELVIRA. Vos os burlais sin duda.
¿De una dama cual yo?... Me dejais muda.
(*Aparte.*) ¡Qué bien, cielos, temia,
que al cabo con don Juan se encontraria!
(*Alto.*) Esplicaos luego, luego.

EMPERAD. ¡Ah! que no os enojeis, señora, os ruego;
ved las ansias mortales con que lucho:
escuchadme y callad.

D.ª ELVIRA. Callo, y escucho.

(*Hablan aparte.*)

TOMATE. ¿Por qué sin luz se viene la maldita?
que aunque se despepita
mi corazon por ella y mi deseo,
el demonio me lleve si la veo,
y será conveniente
que el tacto me asegure....

LEONARDA. Arre, insolente.
¿No basta el rosicler de mi belleza
para que se ilumine su cabeza?

TOMATE. Por mas que te encandilas,
nada, nada descubren mis pupilas.

LEONARDA. Da un puñetazo en ellas,
y verán las mas mínimas estrellas.

TOMATE. ¡Oh crueldad de estropajo!

LEONARDA. ¡Terneza lacayuna!... ¿Qué hay, bergante?

TOMATE. Mi corazon flotante
partido está por tí de arriba abajo.
y hoy lo destroza ¡cielos!
la tenaza encendida de los celos.

LEONARDA. ¿Un pícaro tambien....

TOMATE. Tambien, bribona,
porque de una fregona
tener bien puede celos un lacayo,
y aun regalarle un sayo
de felpa muy cumplida.

LEONARDA. Pues mire por su vida
que fuera, seor Tomate,

meterse en tales gastos disparate.
(*Siguen hablando aparte.*)

D.ª ELVIRA. Aun cuando fueran tales
esos que habeis hallado,
y que mas razon fuera haber juzgado
encuentros á estas horas casuales;
¿por qué han de ser, don Felix, cosa mia?
Quien asi lo imagine desvaría.
En esta misma calle
hay muchas damas de gallardo talle,
á las que harán terrero
uno y otro amoroso caballero.

EMPERAD. ¿Puede haber por ventura,
quien ageno de gusto y de cordura
ronde ansioso esta calle
por otros ojos y por otro talle,
que por esos divinos, donde el fuego
roba para sus flechas amor ciego;
y que por ese talle, que parece
el vástago gentil de una azucena,
que del aura serena
al blando soplo en el jardin se mece?
¡Ay! que esas damas bellas
comparadas con vos, señora mia,
serán lo que ante el sol son las estrellas,
lo que una clara noche con el dia.
Y aunque ronden por ellas
esos dos embozados,
se aumentan mis cuidados,
porque pueden muy bien llegar á veros;
y si advierten que andaban engañados,
pues donde alumbra el sol no arden luceros,
en holocausto ofrecerán rendidos
á vuestros pies las almas y sentidos.
Y tengo, tanto os amo Elvira, celos,
bien lo saben los cielos,
hasta de que haber pueda en mis amores
envidiosos, no ya competidores.

D.ª ELVIRA. Señor, no vuestro labio
haga á la fé de mi cariño agravio.
Y si me amais, cual me decís, seguro
de que es mi pecho diamantino muro,

no ofendais mas ingrato
mi nobleza, mi amor y mi recato.—
Mas vamos donde luz haya y asientos,
pues que vuestros gallardos pensamientos
aseguran mi nombre y mi decoro.

EMPERAD. Bien sabeis que el tesoro
de virtud, de nobleza y de hermosura
con que os dotára el cielo humilde adoro,
y con pasion tan pura,
que no debeis temer ni un leve insulto,
pues mi amor mas que amor, señora, es culto.
(*Vanse.*)

TOMATE. Hola, negra doncella,
lléveme á la cocina,
pues de mí está prendada,
á ver si allí me saca una botella
y refrito algun cuarto de gallina,
con algo de ensalada,
aunque esté ya marchita y trasnochada.

LEONARDA. ¿Cómo, señor Tomate?
¿Qué?... Los celosos, á quien Dios maldiga,
no tienen apetito.

TOMATE. ¿Pues ¡qué! atacan los celos el gaznate,
y encogen la barriga?
Yo soy todo al revés; me precipito,
y cuando estoy celoso de una zaina,
seis capones, dos ollas de chanfaina,
cien panes me comiera,
y aun agotára una vendimia entera,
porque tanto me arrobo,
que dejo de ser hombre y soy un lobo.

LEONARDA. Pues á verme celoso nunca venga.
Cuando lo esté, que el diablo lo mantenga.
Deje aparte los celos,
y le daré aguardiente con buñuelos;
y de la cena acaso
puede que algun relieve salga al paso.
(*Aparte.*) Lo que hubiera engullido
llegando á tiempo mi frances querido.

TOMATE. Mi condicion se allana.
Vamos, dulce tirana.

LEONARDA. Espera.... ¿Y mi decoro?

TOMATE. Mas contenido soy que lo es un moro.
En dándome torreznos y botellas,
pueden dormir seguras las doncellas. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

El aposento que sirve de prision al rey de Francia en la torre de Lujanes. Estará vestido de tapices, y habrá una mesa y un sillon, Sobre la mesa dos candeleros de plata con velas apagadas, y ardiendo una lamparilla; por una puerta al fondo se verá un lecho de damasco, con colgadura. Sale PIERRES de detras de un tapiz, que al levantarse descubre un agujero practicable en la pared, y cuya punta conserva agarrada hasta que salga EL REY.

PIERRES. Gracias á Dios que me veo
dentro de mi calabozo.
Rebosa en mi pecho el gozo:
preso estoy y aun no lo creo.
Mal haya la libertad,
si es para darse porrazos,
llevar gentiles trancazos
y andar en la oscuridad.
Si por lo menos Leonarda
hubiera dádome un trago....,
mas nada.... ¡En momento aciago
se empeñó la zalagarda!

EL REY. (*Sale por el agujero que se oculta al soltar Pierres el tapiz.*)
¡Esta precision maldita
de estar al amanecer!...
(*Se sienta despechado.*)

PIERRES. (*Encendiendo las velas.*)
¿Y cómo lo hemos de hacer?
Tu arrojo te precipita,
y tras de uno y otro lance
metiéndote á pelear,
tiempo para enamorar
imposible es que te alcance.

REY. ¿Y habia de consentir

que la ronda descubriese
quién era yo, y se creyese...
Antes, vive Dios, morir.

PIERRES. ¿Y la música de ayer?

REY. Yo músicas no tolero
en la calle donde quiero
á una principal muger.

PIERRES. Mas esta noche, señor,
despues que de palos diste
á la ronda, y conociste
que ver á doña Leonor
no era posible, ¿por qué
volvimos?...

REY. Pierres, volví
porque aquellos hombres ví.

PIERRES. Ilusion y engaño fue.

REY. No fue, menguado, ilusion;
tres bultos ví en realidad,
que luego la oscuridad
me ocultó.

PIERRES. Tras un rincon
de miedo se esconderian.

REY. Pues si los torno á topar,
vive Dios se han de acordar.

PIERRES. Contigo no se metian.

(*Entra á arreglar la cama del rey.*)

REY. ¿Por qué, suerte rigorosa,
ni un punto tus ciegas iras
y el ceño con que me miras
has de deponer piadosa?
En mi dura situacion,
en mi afanoso desvelo,
pude lograr el consuelo
de salir de esta prision,
por breves ratos no mas,
y al lado de Leonor bella
dar al olvido mi estrella,
¿y aun estorbándolo estás?
y no te contentas, suerte,
Y me pones por delante
sospechas, que en un amante
son peores que la muerte,

porque en mi pecho afanoso
quiere unir tu encono fiero
el dolor de prisionero,
y el martirio de celoso.
(Queda en afligida meditacion.)

PIERRES. *(Volviendo á la escena.)*
¿Y á qué, decidme, señor,
es este afan de salir?
¿Acostarnos á dormir,
no fuera mucho mejor?
Cuando con tantos dineros,
cadenas, y ricas joyas,
y á fuerza de mil tramoyas
logré ganar los arqueros;
y despues del gran trabajo
que nos costó el taladrar
esa pared, y encontrar
salida hasta el piso bajo;
pensé, juro á san Dionís,
que era para luego luego
tomar las de Villadiego,
sin parar hasta Paris.
Asi las primeras noches
que logramos escapar,
me pensé que iba á encontrar
caballos, literas, coches;
mas nada, en espadachines
y en galanes transformados
nos fuimos muy embozados
á rondar unos jardines.
Y luego á oscuras á entrar
tropezando en escalones,
por desvanes y rincones,
tú con tu dama á charlar
y yo á charlar con la moza,
que segun es de ladina,
saldrá al fin de la cocina
en un burro y con coroza.
Yo.... se la hubiera pegado
á este mastin de Alarcon.

REY. *(Poniéndose en pie muy enojado.)*
Acaba tu relacion,

que me tienes mareado.
Eres villano sin seso,
y no sabes que las leyes
del honor para los reyes
son cadenas de gran peso.
Si pensaste cual rüin
que era mi intento fugarme,
cuando me viste afanarme
por salir de este confin;
ofendiste mi arrogancia,
que mi palabra he empeñado,
y jamás á ella ha faltado
el rey Francisco de Francia.
Del cielo el rigor esquivo
y la inicua suerte mia
me rindieron en Pavia
al emperador altivo;
y en aquel campo perdí
todo, pero la honra no;
y no soy un hombre yo
que huyendo salga de aqui.
O con pactos ventajosos
á mi trono he de volver,
ó rescatado he de ser
por mis vasallos gloriosos.

PIERRES. (*Humilde.*) No fue ofenderte mi intento....
A tus plantas perdon pido.
Mas no grites, que si ha oido
tus voces, vendrá al momento
el furibundo vejete;
y como no puede en tí,
tal vez descargará en mí
la nube con un cachete.

REY. Pues no pienses necedades.

PIERRES. Señor, ¡si soy un pollino!
Cuanto pienso es desatino,
cuanto digo vaciedades;
mas que me gozo confieso
en ser humilde villano.

REY. ¿Por qué?

PIERRES. Porque puedo ufano
escaparme si estoy preso,

como lo hice allá sin mengua
de la bastilla en Paris,
cuando estuvo ya en un tris
sacarle al pueblo la lengua.
Y no por lladre; eso no;
sino porque vuestro ayo
me quiso colgar el sayo
de ser vuestro magueró.—
Mas idos al lecho aprisa,
que empieza ya á amanecer,
y esta la hora suele ser
de la matinal requisa.
Y si el señor Alarcon
nos ve tan empavesados,
listos y despabilados,
sospechará con razon.

REY. (*Empezando á desnudarse.*)
Dices bien.—¡Ojalá el sueño
descienda á mí suave y manso,
y dé á mis penas descanso
con balsámico beleño.—
¡Qué agena, Leonor, estás
de que tu don Juan soy yo!
¡Qué agena...!—¿Mas qué sonó?
(*Oyese ruido.*)

PIERRES. Que se acerca Satanás.

(*El rey se va al lecho precipitadamente y Pierres con gran presteza apaga las luces, pone en el suelo unos almohadones, se queda en mangas de camisa, se acuesta y finje que ronca.*)

Se oye el ruido de una gruesa llave, de un cerrojo y de una barra, y sale con un candelero en la mano HERNANDO DE ALARCON.

ALARCON. (*Deteniéndose al entrar.*)
Maldito este oficio sea,
que no es para caballeros
andar en estas requisas
y vivir celando presos.
Me gusta á los enemigos
encontrarme cuerpo á cuerpo
dando de maza y montante

golpe que cante el misterio,
y me aflige desarmados
en prision estrecha verlos,
donde se abate y se postra
el mas generoso esfuerzo.
El corazon se me parte
cada vez que á mirar vengo
si un rey tan grande y valiente
está postrado y sujeto.
Si ya empeñó su palabra
de no fugarse, aun pudiendo,
y cual rey ha de cumplirla,
¿para qué mas embelecos?...
Mas obedecer me toca
los soberanos preceptos,
sin meterme á escudriñarlos:
resígnome y obedezco.

(*Se acerca con tiento á la alcoba y observa al rey que duerme.*)

¡Desdichado! ¡La fortuna
muy su contraria es por cierto!
Aunque he ayudado á vencerle,
me aflige en tal sitio verlo.—
¡Lo que es ser robusto y joven!
De su infortunio tremendo
se olvida, y es venturoso
entre los brazos del sueño.
(*Se acerca á observar á Pierres.*)
Este socarron criado,
que es un tuno como un cerro,
tambien ronca á pierna suelta.
Muy buenas ganas le tengo.—
Mas pues que todo está en orden
y nada ofrece recelo,
duerman tranquilos y olviden
sus infortunios acerbos. (*Vase.*)

PIERRES. (*Se va incorporando al paso que se retira Alarcon, y cuando este desaparece, se levanta y va como detras de él hácia la puerta.*)

Señor Alarcon, mil gracias,
por sus corteses requiebros,
y por las ganas tambien.

Rebiente con ellas presto.
(*Viene al medio de la escena.*)
En mi vida me ha cabido
dósis mas grande de miedo.
Temí que me saludaba
con un puntapié á lo menos.—
¡Pues si oliera... No hay cuidado.
Sepa, señor carcelero,
que le hacemos la mamola,
porque es un pobre mostrenco.
Y si otro fuera mi amo,
y no andara en devaneos,
chasco os lleváreis tan grande
que os dejara patitieso.
(*Se acerca al lecho del rey.*)
Señor, ya se fue.—Durmióse.
¡Pues no es mal cuajo por cierto!
.... Mas ha hecho bien á fé mia.
A seguir voy yo su ejemplo.





Jornada segunda.

ESCENA PRIMERA.

Salon del alcázar de Madrid. Aparecen EL EMPERADOR, sentado junto á una mesa en que hay dos candelabros con luces encendidas y recado de escribir, y EL CONDE de pie junto al sillon.

EMPERAD. Esta noche ha de llegar,
con el alma lo deseo,
el importante correo,
ó mañana á mas tardar.

CONDE. Tambien yo anhelo que venga,
porque al cabo el compromiso....

EMPERAD. De un modo ó de otro preciso
es que fin, y pronto, tenga.
Todo un rey, y un rey de Francia
mas de un año prisionero,
es triunfo muy lisonjero
á mi poder y arrogancia;
pero tambien en verdad
es ya embarazo forzoso
para la paz y el reposo,
conde, de la cristiandad.

CONDE. Si ratificado viene
el tratado, que en rigor
á vuestro gusto es, señor,
y á ambas coronas conviene,
la paz queda asegurada.

EMPERAD. Y al momento, yo lo abono,
vuelve Francisco á su trono,
toda discordia olvidada.

CONDE. ¿Y si orgulloso el frances
arrollase....

EMPERAD. No lo espero.
Se precia de caballero
el rey Francisco, y lo es.

CONDE. Pero es la Italia una prenda
de mucho empeño y valor.

EMPERAD. De la Italia soy señor:
¡ay de aquel que la pretenda!
Del imperio, ó de la España
siempre la Italia será,
y en ella tres veces ya
se hundió la francesa saña.
Y con Pescára, Alarcon,
el del Vasto, Juan de Urbina,
Leiva, Santillana, Encina,
y otros caudillos, que son
de esfuerzo y pericia soles,
¿quién la Italia ha de pisar?
¿Quién querrá el valor tentar
de los tercios españoles?

CONDE. Señor, con tales soldados,
y tan nobles capitanes
todos vuestros sabios planes
verá el orbe realizados.

EMPERAD. Si, con española tropa,
en quien yo mis glorias fundo,
estrecho se me hace el mundo;
con que ¿qué será la Europa?

CONDE. Teneis razon que es estrecho,
si recordais tanta hazaña
como las armas de España
en Indias hacen y han hecho.

EMPERAD. Pues si el plácido reposo
de la cristiandad consigo,
verás á mis pies, amigo,
el africano coloso.

CONDE. ¡Oh! plegue á la Omnipotencia,
que la morisma postrada....

EMPERAD. Dad, conde, al alcalde entrada.
que espera hace rato audiencia.

CONDE. (*Acercándose á la puerta.*)
El alcalde.

Sale EL ALCALDE, hace una profunda reverencia, hinca una rodilla en tierra é inclina en ella la vara.

ALCALDE. Emperador
siempre glorioso y augusto,
mi rey siempre grande y justo,
á vuestras plantas, señor....

EMPERAD. (*Grave.*) De la tierra, alcalde, alzad,
y alzad la vara, que yo
acato tambien y no
la quiero en tierra. Llegad;
(*Se levanta y acerca el alcalde.*)
que porque en la tierra anduvo
anoche, mi celo os cita,
pues hablaros necesita
de aquello que anoche hubo.
¿Qué desórdenes, decid,
son esos que han ocurrido,
y qué habeis vos permitido
con escándalo en Madrid?

ALCALDE. ¡Señor!

EMPERAD. (*Severo.*) ¿Os parece nada
que se turbe, donde asisto,
el reposo ¡vive Cristo!
de la noche sosegada?
¿Que se atropelle y se asombre
á habitantes desarmados,
que pasean descuidados;
y esto solo por un hombre?
¿Que á los que salen á dar
inocentes alboradas
se les dé de cuchilladas,
sin amparo alguno hallar?
¿Y qué á la santa justicia,
á una ronda, á vos, en fin,
se insulte, y se ofenda, sin
atajar tanta malicia?...

ALCALDE. (*Turbado.*) Es cierto....

EMPERAD. Nada digais.

Lo que anteanoche ocurrió,
y lo que hubo anoche, yo
lo sé mejor que pensais.
Y sabed (puede os importe)
que no quiero yo que en balde
ronde á Madrid un alcalde
de mi casa y de mi corte.
Despejad.

ALCALDE. (*Se retira muy turbado haciendo reverencias y dice aparte al salir.*) Turbado y loco
salgo. Juro á Dios rondar
mejor, y el yerro enmendar,
ó tengo de poder poco. (*Vase.*)

EMPERAD. Entre Hernando de Alarcon.

Sale HERNANDO DE ALARCON y pone una rodilla en tierra.

ALARCON. César invicto, postrado....

EMPERAD. Alzad, valiente soldado.
Llegad, noble campeon.

ALARCON. (*Se levanta y se acerca.*)
Viva el generoso rey,
que se complace en honrar
á un anciano militar.

EMPERAD. Es honrarlo justa ley
que un glorioso veterano
y de fama tan suprema
es puntal de la diadema
y apoyo del soberano.
Es prenda de la victoria,
de la juventud ejemplo,
y tiene altar en el templo
de la sempiterna gloria.
¿Cómo estais?

ALARCON. Viejo, aunque fuerte,
y harto ya de verme ocioso,
que condenarme al reposo
es condenarme á la muerte.

EMPERAD. Pronto á Italia habeis de ir.

ALARCON. Si está en paz aquella tierra,
mandadme donde haya guerra,
que es donde os puedo servir.

Que aun con esfuerzo me hallo
para esgrimir el montante,
llevándome por delante
un escuadron de á caballo.

EMPERAD. De vuestro glorioso acero,
arrojo y noble lealtad,
buen Alarcon, en verdad
aun muchos triunfos espero.
¿Y el preso?

ALARCON. Bueno, y alarde
haciendo de su paciencia.

EMPERAD. ¿Lo visitais con frecuencia?

ALARCON. Señor, por mañana y tarde,
porque es precaucion precisa,
y para mí dura, hacer
requisa al amanecer,
y al ponerse el sol requisa.
De hacer vengo la postrera.

EMPERAD. ¿Y cómo está?

ALARCON. Señor, es
su alteza al cabo frances,
y de condicion ligera.
Algunas veces, muy pocas,
está hundido en el despecho,
arrancando de su pecho
lágrimas y voces locas;
y á la tierra, y al abismo,
y á los cielos amenaza;
ropa y muebles despedaza,
y se maldice á sí mismo.
Pero á todo se acomoda,
es afable, tañe, canta,
con buen apetito yanta,
y duerme la noche toda.
Da voces de guerra y mando,
cual si un escuadron rigiera,
y rie como un cualquiera
con su bufon embromando.
Mas cuando habla de su madre
y de Francia tierno llora;
cosa que á mí me enamora,
y que es justo que me cuadre.

EMPERAD. ¿Y con vos?

ALARCON. Siempre cortés
me honra con noble atencion,
y en trato y conversacion
afable y discreto es,
y demuestra aficion mucha
sobre guerra á platicar,
y en esta materia hablar
con gran atencion me escucha.

EMPERAD. ¿Y de mí.... dice....

ALARCON. Jamás
le oí decir cosa ninguna.
Se queja de su fortuna;
¿de vos?... No faltaba mas.
Lo que me pasma es su aseo,
y ver lo que se engalana,
y lo mucho que se afana
por el buen porte y arreo.
Por las tardes, cual si fuese
á algun sarao, señor,
se atilda con tal primor...

EMPERAD. Uso de su tierra es ese.—
¿Y de mí qué deseais?

ALARCON. Señor, en primer lugar
veros, y humilde besar
la mano con que me honrais;
y en segundo suplicaros,
como há un año lo reitero,
me quiteis de carcelero:
que no soy....

EMPERAD. En aliviaros
de tan árdua comision
no tardaré, descuidad,
que muy pronto en libertad
quedará el rey, Alarcon.
Mas en tanto....

ALARCON. Obedecer
me toca solo; aunque todos
mis achaques de mil modos
me dan en Madrid que hacer.
Con la sedentaria vida
la maldita gota crece,

y ya se me reverdece
una herida y otra herida.
No es para mí la quietud.
En los sitios y batallas,
vestido de duras mallas,
siempre gozo de salud.
Cautivar reyes mandadme,
y lo haré al punto, á fé mia,
como hace un año en Pavia;
mas de guardarlos libradme.

EMPERAD. Poco tiempo os queda ya
de guardar tal prisionero.
La paz ventajosa espero
y todo se arreglará,
y con alto galardon,
aunque no cual mereceis,
á Italia regresareis,
buen Hernando de Alarcon.

ALARCON. Dadme á besar vuestra mano.

EMPERAD. Yo os la presento de amigo.

ALARCON. (*Besándola.*) Mil veces á Dios bendigo,
que nos dió tal soberano. (*Vase.*)

EMPERAD. (*Al conde.*) No se hallará en todo el mundo
un soldado mas cabal.

CONDE. Su lealtad es sin igual,
su valor es sin segundo.

EMPERAD. ¿En la antecámara, conde,
hay alguien que espere audiencia,
alguien que pida justicia
alguien que gracia pretenda?

CONDE. No señor, ya ha recibido
vuestra magestad escelsa
á cuantos la honra anhelaban
de veros.

EMPERAD. (*Se levanta del sillon.*)
En hora buena.
Gracias á Dios, que cumplida
ya la obligacion estrecha,
que el cielo impone á los reyes
al ceñirles la diadema,
descansar un rato puedo
dando á los cuidados tregua

por el plazo de la noche;
que si tirante la cuerda
siempre tuviese, bien pronto
rompiérase la ballesta.
Estar siempre de aparato,
siempre en las altas esferas
de políticos proyectos,
combinaciones y empresas;
ya con la espada de Témis
siendo de los hombres regla,
ya con el rayo de Jove
amenazando á la tierra,
postra el ánimo mas grande,
rinde la mas noble fuerza;
que al cabo hombres somos todos
de frágil naturaleza.
Y diz que hasta el mismo Atlante,
que el firmamento sustenta,
aunque para esto tan solo
en medio de Africa reina,
descanso anheló; y gozóse
cuando Alcides se lo diera,
tomando un rato en sus hombros
el orbe de las estrellas.
Vamos, pues, algunas horas,
olvidando las grandezas
de trono, corona y cetro,
que tanto deslumbra y pesan,
á ser hombre y en la vida
civil á lograr aquellas
ventajas y diversiones
que nunca á palacio llegan;
pues dijo bien aquel sabio
que dijo, que reinar era
la esclavitud mas penosa,
la mas dorada miseria.

CONDE. No hay en Europa monarca
que mas justamente deba
disfrutar de algun descanso,
dar á sus cuidados tregua,
que vos, señor, á quien nunca
tales reposos enervan,

y que á estados tan diversos
como os dió la Providencia;
pues es ya vuestra corona
un cúmulo de diademas;
vuestros desvelos abrazan,
vuestra vigilancia llega,
vuestras miradas se estienden,
y vuestra mano gobierna,
sin que falte la justicia,
sin que el orden se subvierta,
sin que un punto se descuiden
su proteccion y defensa.
Descansad, que es conveniente,
descansad; invicto César,
si recobrais descansando
para el mando mayor fuerza.
Y descendiendo á la vida
civil un rato, encubierta
la magestad, no tan solo
gozar vuestro objeto sea,
sino examinar vos mismo,
por vos tambien, las diversas
necesidades que afligen
á los vasallos; pues llegan
tarde ó mal ó nunca al trono,
por lo que jamás encuentran
el alivio que pretenden
ni los remedios que anhelan.

EMPERAD. Decís bien, conde, y dichoso
yo en mis diversiones fuera
si nuevos conocimientos
para gobernar me prestan.—
Mas no hablemos de negocios,
que á los negocios dí tregua.
¿Sabes tú que todo el dia
fija he tenido la idea
de aquellos hombres que anoche
hallamos junto á la puerta
de doña Elvira, y que anhelo
saber quienes ellos sean?

CONDE. ¿Y al cabo, señor, qué importan?

EMPERAD. Que si á ver á Elvira fueran....

CONDE. Ni tampoco en ese caso.

EMPERAD. Yo no admito competencias.

CONDE. ¿Pues no bajais á la vida
ordinaria?

EMPERAD. Y dime, ¿en ella,
ni en ninguna, en tales lances
amorosas se toleran?

CONDE. ¿Con que estais enamorado?

EMPERAD. No lo estoy, pero me empeña
la discrecion y hermosura
de Elvira. Y aunque no sea
amor, sino pasatiempo
lo que enredado me tenga,
aquellos dos hombres, conde,
en su calle me molestan;
que aun en amores de chanza
los celos matan de veras.

CONDE. Pues yo estoy, señor, dispuesto,
y sin que nadie lo sepa
á limpiar la calle.

EMPERAD. Conde,
satisfecho no se queda
en estos lances de celos,
que al amor propio interesan,
si cuando hay que andar á golpes
se aplican por mano agena.

CONDE. Y ¡qué señor!... ¿vos?...]

EMPERAD. Acaso
¿no puedo lo que otro pueda?
Y descendiendo á la clase
de un particular, es fuerza
que á las duras y maduras
de tal condicion me atenga.

CONDE. Pero sois quien sois al cabo.

EMPERAD. Pues te juro que desea
mi pecho algun lance de estos
en que lucir mi destreza.

CONDE. Se ve, señor, que sois mozo.

EMPERAD. Sí lo soy, no es estrañeza
que, sin faltar á sagradas
obligaciones, divierta
el ánimo en tales cosas.

Pronto en vida mas estrecha,
mudando de estado, conde,
me verás.

CONDE. Plegue á Dios sea
pronto, que ya aguarda el mundo,
señor, con justa impaciencia
de tal leon los cachorros,
que el dominio de la tierra
aseguren para siempre
en vuestra prosapia escelsa.

EMPERAD. Avanzada está la noche.
Dí que me sirvan la cena
en tanto que me disfrazo
para ir á dar una vuelta.

CONDE. ¿Saldré con vos?...

EMPERAD. No es preciso.
Quédate aqui, y está alerta;
y si llegase el correo
que tanto nos interesa,
irás á avisarme al punto,
pues sabes dónde, y la seña. (*Vase.*)

CONDE. Solo obedecer me toca,
señor, las órdenes vuestras.

ESCENA II.

Sala de casa particular con mesa y sillas y dos candeleros con luces, y sale DOÑA LEONOR.

D.ª LEONOR. ¿Si seré tan desdichada,
como anoche ¡ay Dios! lo fui,
y estaré esperando aqui,
para quedarme burlada?
Aun nada he sabido, nada
de lo que anoche ocurrió.
El que la ronda encontró
fue don Juan: esto es lo cierto.
Le importa estar encubierto....

¿Pues por qué lo espero yo?
Si otro encuentro ha de tener,
si por mí ha de peligrar,
no me venga, no, á rondar,
no me venga nunca á ver.
Paciencia sabré tener
en la ausencia y el olvido,
porque mi amor no es fingido;
antes es tan puro y fuerte,
que prefiriera la muerte,
á verle comprometido.
Tambien el emperador,
(que por mas que disimula
mi prima, aunque harto la adula,
es su amante rondador),
anoche ¡duro rigor!
vió á don Juan, y está celoso.
Esto me quita el reposo
y todo, todo lo temo,
que siempre hay peligro estremo
en turbar al poderoso.
Mas segun es esforzado
don Juan ¡ay triste de mí!
por venir á verme, sí,
todo lo espondrá arriscado.
Esto aumenta mi cuidado,
esto mi ansiedad mantiene,
esto afanosa me tiene;
y es tal mi dolor prolijo,
que si no viene me aflijo,
y me aflijo por si viene.
Aquella carta primera,
que me escribió este frances,
y que asi rindió á sus pies
mi condicion altanera,
¿era hechizo?... ¿Rayo era?
¿O con qué tinta encantada,
¡cielos! estaba trazada,
que asi el pecho me incendió,
que asi el alma me robó,
que así quedé enamorada?
Y su talle, y su espresion,

y su hablar, y hasta el venir
á un rey vencido á servir,
que es noble y gallarda accion;
cuanto en él vió mi atencion
todo me enciende y cautiva,
todo mi pasion aviva,
todo, cielos, me enloquece,
y tan solo me parece
que para amarle estoy viva.
Mas.... ¿quién es?—Un caballero,
caballero de alta ley,
que tal lealtad á su rey
lo publica al orbe entero.
Y.... sea quien fuere, le quiero,
y me quiere.—Loca estoy;
ni sé ¡ay triste! lo que soy
ni qué ventura pretendo,
ni yo á mí misma me entiendo;
ciega y despeñada voy.

Sale DOÑA ELVIRA.

D.ª ELVIRA. Esta noche venturosa
vas, querida prima, á ser,
y no tardarás en ver
al que esperas amorosa.

D.ª LEONOR. ¿Seré, Elvira, tan dichosa?

D.ª ELVIRA. ¿Y por qué no, mi Leonor?

D.ª LEONOR. Porque del cielo el rigor
se complace en perseguir....

D.ª ELVIRA. No debes eso decir.
Fue mera casualidad
lo de anoche.

D.ª LEONOR. Sí, es verdad,
mas se puede repetir.

D.ª ELVIRA. No, prima. Ya está acostado
nuestro tio, y puede entrar,
sin que tenga que aguardar,
en cuanto llegue tu amado.

D.ª LEONOR. ¿Y vendrá?...

D.ª ELVIRA. ¿Quién lo ha dudado?
vendrá. Mas forzoso es

encargarle que despues
al salir no se detenga,
no sea que el otro venga,
y.... Fuera espuesto, ya ves.

D.ª LEONOR. Pues por el encuentro ya
de anoche afligida estoy,
y aun me recelo que hoy
por él don Juan no vendrá.

Sale LEONARDA.

LEONARDA. Señora, en la calle está
tu galan, hizo la seña,
y baja á abrirle la dueña.

D.ª LEONOR. ¡Ay! ¡gracias á Dios! Respiro.

D.ª ELVIRA. Ya sube. Yo me retiro. (*Vase.*)

D.ª LEONOR. ¡Cuánto su arrojo me empeña!

Salen EL REY, PIERRES y ANACLETA.

REY. ¡O mi encanto, ó Leonor bella!

D.ª LEONOR. Un sueño se me figura
veros aqui.

REY. El alma mia
tambien de tal dicha duda.
Una ilusion me parece,
que mi contraria fortuna
engañosa me presenta,
para borrarla sañuda
y agrandar con falsas dichas
mis verdaderas angustias.

D.ª LEONOR. ¿Cómo habeis estado?

REY. Como
el universo si á oscuras
veinte y cuatro horas pasase
sin ver el sol que lo alumbra.

PIERRES. Nada exagera, señora.
Mas permítele á mi súcia
boca que mejor te pinte
el triste estado en que....

REY. Escusa
bufonadas.

D.ª LEONOR. No, dejadle.
Sabeis que su humor me gusta.
(*Se sienta y ofrece silla al rey.*)

PIERRES. Pues con esa salvaguardia,
por mas que mi señor gruña,
allá voy: no á relatarte
eso de orbe, sol y luna,
de oscuridades, de luces,
y otras gentiles locuras,
que á personas de jüicio
las joroban y estrangulan....

REY. ¿Pues qué dirás, majadero?

PIERRES. Diréle, señor, en suma
que has estado hecho un orate,
un alma en pena, una grulla,
y un camello.—Y tú, señora,
que es cierto verás, si escuchas.

D.ª LEONOR. Dí.

PIERRES. Ha querido, como loco,
mi señor darme una tunda:
ha roto muebles y espejos,
y ha armado gentil trifulca:
cual alma del purgatorio
ha sido la quinta angustia;
diciendo que se quemaba
el corazon y asaduras,
ardiendo en un vivo fuego,
que no le hacia ni una pupa;
y que la dulce esperanza,
mas dulce que miel ó azucar
de veros hoy, le alentaba,
y la de gozar la suma
gloria de este paraiso,
viniendo á las plantas tuyas.—
Toda la noche ha pasado
en un pie, como aseguran
que el ave, que dije, suele;
y toda en ropas menudas
cerca de la lamparilla,
á cuya luz moribunda
ya repasaba tus cartas,
ya una trenza hermosa y pulcra

besaba de tus cabellos,
diciendo sandeces muchas.—
Lo del camello aqui encaja,
que no es (Dios me guarde) injuria.
Hace veinticuatro horas
que está don Juan en ayunas,
caminando en el desierto
de mil ideas confusas.
No comer en tanto tiempo,
y sin dejar la andadura,
vive Dios que lo hace solo
aquel animal. Discurra
ahora tu ilustre belleza
si son ó no inoportunas
mis cuatro comparaciones
con orate, ánima, grulla
y camello; pues mi amo
los que estos cuatro hacer usan
lo ha hecho el tiempo que hace estamos
sin ver esa cara chusca.

REY. No sé como os hace gracia.

D.ª LEONOR. Lo que me dice me adula.
¿Y me ha nombrado á menudo
vuestro señor?

PIERRES. ¿Eso dudas?
Mas Leonores ha ensartado
que hay en las vendimias ubas,
que hay letras en un proceso,
que hay en un podenco pulgas.
Cuando á Leonorar se pone
debe pensar quien lo escucha
que un siglo de perdonanza
logra por romana bula
cada vez que Leonor dice
y que sus letras pronuncia.

REY. No sueltes mas necedades.

(*Empieza á hablar aparte con doña Leonor.*)

PIERRES. Ya no me queda ninguna,
que el tesoro de mis chistes
en un momento se apura.—
(*A Leonarda.*)
Y tú, morena sabrosa

mas que ecijana aceituna,
¿cómo lo pasé en tu ausencia,
ni siquiera me preguntas?

LEONARDA. Señor gavacho, ya sabe
que soy muy de veras suya,
y por si, como su amo,
tambien se viene en ayunas,
conmigo hácia la cocina
puede caminar si gusta,
y topará con los restos
de un ánade y de una trucha,
y con un trago.

PIERRES. ¿Alaëjos?

LEONARDA. Alaejos del que echa pullas.

PIERRES. Eso pido, y buenas noches.
Vamos allá, pese á Judas,
mientras mi amo y tu señora
se atortolan y se arrullan,
diciéndose desatinos,
que amor sublime intitulan.
(*Vase con Leonarda.*)

ANACLETA. (*Aparte.*) Ser tercera de señoras,
aunque muy poco me gusta,
es mi oficio; mas me pudre
serlo de esta pelanduzca;
y el que se esconda con Pierres
ni me coca ni me azuza,
mas cuando va con Tomate
me convierto en una furia.

D.ª LEONOR. No te duermas, Anacleta.

ANACLETA. Bien podeis estar segura,
pues pasando mi rosario
no me vence el sueño nunca.

D.ª LEONOR. Observa atenta á mi tio,
no se despierte, trasluzca
que no estamos acostadas,
y alguna desdicha ocurra.

ANACLETA. (*Aparte, yéndose.*)
Malditas sean estas tocas,
y los cincuenta que abruman
mis costillas, y convierten
á una muger en lechuza.

Pues con todo no me trueco
por Leonarda, ni por.... muchas
otras aun mas estiradas.
Y si tuvieran cordura
los mozalvetes, sabrian
que aunque parecemos tumbas
las dueñas, con estos sayos,
tenemos fresca la enjundia,
y el corazon, y unas carnes
mejores que ahora se usan;
que al cabo estas damiselas
son solo unas aleluyas,
y en quitándoles las joyas,
los postizos y las mudas,
con todos sus verdes años
parecen pollos sin plumas. (*Vase.*)

D.ª LEONOR. ¡Ay don Juan! Estoy tan loca
que lo que en el alma siento
en este feliz momento
no sabe espresar mi boca.
¿Es verdad cuanto me hablais?

REY. (*Con melancolía y vehemencia.*)
Mucho mas grande, Leonor,
mucho mas grande mi amor
es, de aquello que pensais.

D.ª LEONOR. ¿Mas por qué tanta reserva
sobre vuestro plan futuro
y ese misterioso muro
entre los dos se conserva?
Vuestro corazon inquieto
á un no sé qué, que disgusta
mi pecho, y que mi alma asusta,
conozco que está sujeto.
Y al pintarme vuestro afan,
de que no dudo, una espina
os punza, con que no atina
mi pensamiento, don Juan.

REY. (*Afligido.*) Es tan rara mi ventura,
que amaros correspondido
me tiene en un mar hundido
de dolor y de amargura.
Y ojalá, jamás os viera,

y vuestro pecho jamás....

D.ª LEONOR. Cada vez ¡ay cielos! mas
aumentais mi angustia fiera.

REY. Un enigma oscuro soy;
un desdichado francés,
que el alma rindió á tus pies
y que solo....

D.ª LEONOR. Muerta estoy...
¿No sois caballero?....

REY. Sí,
mas que el sol.

D.ª LEONOR. ¿Libre?

REY. Tambien.

D.ª LEONOR. ¿No me amais?

REY. (*Con vehemencia.*) ¡Ay!... Sois mi bien,
mi encanto, mi frenesí.

D.ª LEONOR. ¿Y seguro de que os quiero?

REY. Segurísimo, Leonor;
y el deberos tanto amor
es mi martirio el mas fiero,
es mi gloria la mas alta,
es mi pena la mas dura,
es mi mas grande ventura,
la que á los cielos me exalta.
Es mi vida y es mi muerte,
mi infierno, mi paraiso;
que en mi pecho apurar quiso
tantos contrastes la suerte.

D.ª LEONOR. Esplicaos, que confundida
me teneis en un abismo.

REY. (*Despechado.*)
¡Ay!... no me entiendo á mí mismo.
solo sé que sois mi vida.

(*Queda doña Leonor muy abatida y llorando, y el rey continua aparte agitado.*)

¡Cielos! no quiero engañar
á esta celestial muger.
.....¿Y su amor he de perder?
.....¿Y la he de desesperar?
No puede un rey poderoso
lo que el esclavo mas vil.
Mil coronas diera, mil,

por ser de este angel esposo;
mas fuerza es disimular.
(*Alto.*) Leonor.... decid....

D. LEONOR. (*Llorando.*) No hay que os diga.

REY. ¿Llorais?... Mi lengua maldiga
el cielo, si os dió pesar.
Os idolatro, os adoro,
soy feliz si me amais vos;
dejad al tiempo, y á Dios
mis enigmas: no mas lloro.
Venid, recobrad la calma,
y oiga yo ese suave acento,
que es el bálsamo de viento
y el encanto de mi alma.

D.ª LEONOR. (*Algun tanto recobrada.*)
Vuestros misterios, don Juan,
son un horrendo martirio.

REY. Mi delicia, mi delirio,
al cabo se aclararán.

D.ª LEONOR. ¿Para ser ambos dichosos?
...¡Ojalá!

REY. Sí, yo lo aguardo.
Y á mi ardiente anhelo, tardo
es el tiempo presuroso.—
No hablemos mas de esto, no.
¿Me amais vos? decid, ¿me amais?

D.ª LEONOR. ¿Y qué, don Juan, lo dudais?

REY. (*Con mucha ternura.*)
Pues aun mas os amo yo.—
(*Con aíre ligero.*)
Mi caracter, y lo raro
de mi situacion, que al fin
me obliga á ocultarme, sin
mostrarme nunca al sol claro,
porque de mi pobre rey
tan desdichado el servicio
exije, este sacrificio,
y el cumplirlo es justa ley,
causan estos desvaríos
de mi acalorada mente:
y asi salgo de repente
con estos repentes mios.

Cuidados grandes tambien....
Mas nada importa, Leonor,
(*Muy cariñoso.*)
mi vida está en vuestro amor;
sois mi tesoro, mi bien.

D.ª LEONOR. Yo me hago cargo de todo,
don Juan, y no exijo nada,
porque un alma enamorada
es de facil acomodo.
Lo que llega á acobardarme
es que por mí os espongais....

REY. Bella Leonor, no temais,
pues yo sé muy bien guardarme.

D.ª LEONOR. Anoche cuando el empeño
con la ronda ¡cual quedé!

REY. Nada aquel encuentro fue,
nada, mi adorado dueño.

D.ª LEONOR. De ser quimerista alarde
haceis, don Juan.

REY. (*Frio y disgustado.*) No por cierto,
pues no hubo otro desconcierto
á vuestra puerta mas tarde.

D.ª LEONOR. (*Sobrecogida.*)
¿Y por qué?

REY. (*Malicioso.*) En cuanto pasó
la ronda, torné hácia aqui.

D.ª LEONOR. ¿De veras?

REY. Y cosas ví
que no quisiera ver yo.

D.ª LEONOR. (*Recelosa y asustada.*)
¿Volvísteis?

REY. Volví, señora.

D.ª LEONOR. ¿Estais en vos?...

REY. (*Mortificado.*) ¿Os disgusta?

D.ª LEONOR. (*Decidida.*)
Y mucho, porque me asusta.

REY. (*Con viveza.*)
¿Y por qué?

D.ª LEONOR. (*Confusa.*) Por nada.

REY. ¿Ahora
la misteriosa sois vos?

D.ª LEONOR. (*Turbada.*) ¿Yo la misteriosa?...

REY. (*Resuelto.*) Sí,
y no he de salir de aqui
sin apurar, vive Dios,
qué causa vuestra sorpresa.
Pensé no deciros nada,
mas al veros alterada
declararme me interesa.
Ya disimular no puedo.
Varias noches van que tres
embozados....

D.ª ELVIRA. (*Con viveza.*) Cierto es.
¿A la una?

REY. En punto.

D.ª LEONOR. (*Asustada.*) ¡Ay qué miedo!

REY. ¿De qué?....

D.ª LEONOR. Don Juan, sed prudente:
á la una nunca esteis,
si de veras me quereis,
en esta calle.

REY. (*Indeciso.*) ¿Esa gente....
Es acaso....—¿Qué os altera?....
Leonor!... Leonor!...

D.ª LEONOR. (*Afligida.*) ¿Teneis celos?....
Me ofendeis.—¿Tan poco, ó cielos,
conoceis mi fé sincera?

REY. Os amo..., en vuestro jardin
hombres he visto á deshora...,
al decíroslo yo ahora
se torna en güalda el carmin
de vuestro rostro.... ¡Ay Leonor!

D.ª LEONOR. Me poneis en duro aprieto.
En todo esto hay un secreto....

REY. (*Enojado.*) Ya reconozco el rigor
de mi contraria fortuna.
Si burlais mi confianza,
¿quién despues tendrá esperanza,
cielos, en muger ninguna?

D.ª LEONOR. (*Afligida.*) ¿Y dudais de mí?.... Pues no
me faltaba ¡ay triste! mas.

REY. (*Con abatimiento y ternura.*)
Divina Leonor, jamás.
Cuanto valeis lo sé yo.

Mas ¡ay! aquietad mi pecho;
del laberinto sacadme
por vuestro amor, y dejadme
consolado y satisfecho.

D.ª LEONOR. ¿A vos, enigmas en todo
y misterios?.... Mas muger
soy, y sabemos querer
las mugeres de otro modo.
Advertidlo en cuanto hago.—
Tengo, don Juan, una prima....
Vuestra discrecion me exima,
si á los celos satisfago
con esto, de descubrir....

REY. (*Confuso.*) No basta...: ¿Encontrarme yo
no pudiera....

D.ª LEONOR. Don Juan, no,
sin tener ¡ay! que sentir,
sin correr el riesgo mas
espantoso.

REY. ¿Qué, el amante
de esa prima es un gigante,
ó es algun leon quizás?

D.ª LEONOR. Es gigante, y es leon:
eslo, don Juan; sí, creedme.

REY. Con eso lograis ponerme
en mas dura confusion;
y mas anhelo me inflama
de buscarlo, vive Dios.

D.ª LEONOR. ¿Pero quién os mete á vos
con galanes de otra dama?

REY. (*Resuelto.*) Vos astuta me ocultais
algo en esto; y dudo, y quiero
descubrir con el acero
lo que vos disimulais.

D.ª LEONOR. Pues, don Juan, para aquietaros
de una vez, aunque lo siento
por mi prima; en el momento
voy la verdad á esplicaros.
De mi prima es rondador....
A nadie lo revelad....

REY. (*Impaciente.*) Vamos, Leonor, acabad.

D.ª LEONOR. Nuestro augusto emperador.

REY. (*Pasmado.*) Eso es ya caso distinto.

(*Queda doña Leonor como asustada y pesarosa de lo que ha dicho, y el rey como sobrecogido, dice aparte.*)

¡Cielos! ¿qué oigo?.... ¿disfrazado
he visto cerca, á mi lado
al gran César Carlos quinto?
....¿Y mi necio corazon
no me lo avisó?.... ¡Dios mio!
¡Ah!.... de gozo desvarío.
Hallé la ansiada ocasion.

D.ª LEONOR. Habeis quedado de hielo.
¿Veis ahora qué bien hacia
en callar, y que tenia
por vos muy justo desvelo?
¡Ay si os hallase!

REY. (*Con gran soltura y jovialidad.*)
No tal.
Al encontrarse conmigo,
me abrazára como amigo
su magestad imperial.

D.ª LEONOR. ¡Qué cosas decis!.... Tan presto
vuestro carácter cambiais,
y ya de burlas tratais
con jovial y alegre gesto;
ya profundo, serio, grave,
de infortunios y disgustos,
de desgracias y de sustos;
que lo que sois no se sabe
ni cosa posible es
entenderos. ¡Ay de mí!
Decid, don Juan, ¿es así
todo el que nace francés?

REY. Con diferencia muy corta;
¿mas yo en qué me contradigo?

D.ª LEONOR. (*Apurada.*) ¿No es contradecirse, digo,
que el que dice que le importa
tanto, tanto el ocultarse,
al emperador no tema,
y diga con tanta flema
que con él ha de abrazarse?

REY. Si hallarme con él conviene....

D.ª LEONOR. ¿Mas conoceis....

REY. ¿Qué, Leonor?
D.ª LEONOR. ¿Al augusto emperador?
REY. Él es quien aqui me tiene.
D.ª LEONOR. Dejad las burlas: decid,
¿sabe, pues, su magestad
quién sois?....
REY. Por su voluntad
estoy viviendo en Madrid.
D.ª LEONOR. (*Levantándose incomodada.*)
Hombre, todo confusiones,
todo enigmas y misterios,
qué de disgustos tan serios,
de tantas tribulaciones
me estais abrumando el alma,
¿qué de esta infeliz quereis?....
De mi amor mas no abuseis
con esa malicia y calma.
Ya galan, ya enamorado,
ya tierno, frívolo ya,
indiferente quizá,
ya celoso, ya indignado,
peligros fingiendo ahora,
gran poder mostrando luego,
uniendo el mando y el ruego,
semblantes mil en un hora,
¿quién os ha de comprender?
REY. (*Arrojándose á sus pies muy rendido.*)
Oh soberana beldad,
oh mi encanto, perdonad;
ni yo me puedo entender.
Tan solo sé que os adoro:
si correspondido estoy,
el mas venturoso soy,
y vos mi único tesoro.
Tuve celos, lo confieso,
mas del pecho los borré,
porque quien sois, Leonor, sé;
y os amo con tal esceso,
que el aura sois que respiro,
la vida que me sustenta,
el encanto que me alienta,
la sola dicha á que aspiro.

D.ª LEONOR. (*Levantándolo con gran ternura.*)
¡Ah!.... Levantad..., yo os lo ruego.
¿Si tan dichosa lograis
hacerme, por qué os gozais
en atormentarme luego?

REY. Sí, os adoro.—Mas, Leonor,
¿no será acaso muy tarde?...,
porque es fuerza que me guarde
no venga ya aquel señor.

D.ª LEONOR. La primera vez es esta
que tanta priesa mostrais.

REY. ¡No sé cómo lo estrañais!

D.ª LEONOR. ¿Ya el estar aqui os molesta?

REY. (*Aparte.*) Ya deshaciéndome estoy.
(*Alto.*) ¿Pues dónde, dueño adorado,
vivo sino á vuestro lado?
¿Dónde venturoso soy?
Mas el sobresalto justo
que de un encuentro teneis
evitar quiero. Ya veis
que mi anhelo es daros gusto.

Sale ANACLETA apresurada.

ANACLETA. Señora, que es tarde ya:
ha despertado el señor,
y si siente algun rumor
tal vez se levantará.

REY. ¿Lo veis?

D.ª LEONOR. ¡Oh don Juan! (*A Anacleta.*) Avisa
para que baje el criado
sin estruendo y con cuidado,
y dále á Leonarda prisa.
(*Vase Anacleta.*)
Y vos, don Juan, por aqui,
(*Le conduce á la puerta.*)
sin olvidar cuanto os quiero,
y que de pena me muero
cuando os separais de mí.
Y pues sois noble y discreto,
de cuanto os he revelado
espero será guardado

el mas profundo secreto.
Hasta mañana, id con Dios,
y retiraos con juicio;
haced este sacrificio
por los que yo hago por vos.

REY. ¡Oh Leonor angelical!
sois un celestial tesoro,
que con alma y vida adoro
con un amor sin igual.
(*Aparte.*) ¡Qué peregrina muger!
Harto engañarla me pesa. (*Vase.*)

D.ª LEONOR. (*Aparte.*) ¡Cuánto este hombre me interesa!
El seso voy á perder. (*Vase.*)

ESCENA III.

Calle de noche, y salen EL REY, y PIERRES cayéndose de borracho.

REY. (*Enojado.*) ¿Asi, bergante, vienes,
que en pie derecho apenas te sostienes?
Vive Dios que he de asparte,
y la vil borrachera he de quitarte
á puros puntillones.

PIERRES. Hay tantos escalones....
y.... tantas lucecitas....
Leonarda.... ¿son las ánimas benditas?

REY. (*Sacudiéndolo del brazo.*)
¡Pierres!.... ¡Pierres!.... ¡Infame!

PIERRES. Todo cristiano esclame....
viva.... viva Alaejos;
¡qué sabor tiene, y qué sabrosos dejos!

REY. ¡Bribon!..., mira.... si....

PIERRES. ¿Estorbo?....
Dame, chica, otro sorbo.

REY. ¡Pues en muy buen instante
tiene tal borrachera este tunante!

PIERRES. Vamos....

REY. ¿A dónde?

PIERRES. ¡Toma!.... A la bodega.

REY. (*Dále un pescozon.*)
¡Pícaro!

PIERRES. No me empuje....
que el paso no se niega;
y.... mire el alieruje....

REY. (*Trabándolo de un brazo.*)
Calla, bribon.

PIERRES. Leonarda,
si en la bodega hay guarda....
yo.... ¡Que viva Alaejos,
aunque sepa á la pez de los pellejos:
Yo.... diré....

REY. (*Le dá cachetes y empujones.*)
Toma, toma.

PIERRES. (*Cae al suelo.*)
¡Ay!.... ¡cuánta luminaria!.... Ande la broma.

REY. ¡Mal hayan él y el vino!
Pretender levantarlo es desatino.
¡Gran bribon!—Por fortuna
aun no ha dado la una.
Hasta el amanecer no he de tornarme
á la prision, pues tengo de encontrarme
con mi enemigo; y en durmiendo un rato,
volverá en sí tal vez el mentecato.—
Mas de esta calle en medio
va á servirme de estorbo sin remedio.
¡A muy buena ocasion se ha emborrachado!
....Arrimarlo hácia un lado,
detras de alguna esquina junto al muro,
será mas conveniente y mas seguro.

(*Se inclina á tierra, hace varios esfuerzos por levantar á Pierres, y no pudiéndolo conseguir, lo lleva arrastrando por los pies al fondo del teatro, donde lo deja á la vista.*)

¡Pícaro!.... ¡Lo que pesa!.... Si contigo
el infierno cargara.... Yo maldigo
á la humana criatura
que se atreve á beber mas que agua pura;
porque un borracho infama
cuanto en el orbe racional se llama.

(*Vuelve al medio de la escena, y se pasea en silencio un instante, continuando despues de breve pausa.*)

No de armados ejércitos al frente,
del mundo asombro, á quien concede ó niega,
por capricho, el triunfar fortuna ciega,
humillando tal vez al mas valiente,
sino solo y sin nombre, aqui impaciente
tu valor mano á mano á probar llega,
(que á un lance obscuro su venganza entrega)
mi noble arrojo, ó Carlos prepotente.
Nada me importa, nada, de Pavía
el desastre, ni el verme prisionero,
si muestro aventajarte en bizarría;
si aqui de caballero á caballero
rinde á mis plantas hoy la espada mia
á tí, dominador del orbe entero.

(*Se pasea, y luego se para de pronto.*)

Oigo pasos.—Vienen dos.
¿Si será?.... Será, sin duda.
¡Oh suerte! mi esfuerzo ayuda.—
Él es, sí, gracias á Dios.
Me retiraré á este lado
para dejarle llegar.

(*Se retira.*)

Salen embozados EL EMPERADOR y TOMATE.

EMPERAD. (*Deteniéndose á la salida.*)
Un hombre he visto cruzar.
TOMATE. Allí enfrente está parado.
EMPERAD. ¿Uno solo?
TOMATE. (*Observando.*) Señor.... sí.
EMPERAD. Pues quédate tú, entre tanto
que yo solo me adelanto,
y no te muevas de aqui.
TOMATE. Señor, mientras uno sea...
EMPERAD. Tomate, aunque fueran ciento,
bastan mi espada y mi aliento.
TOMATE. ¿Y si se armase pelea....?
EMPERAD. (*Resuelto.*) Quieto tú sin respirar.
Si á darme ayuda te atreves,
si un paso de aqui te mueves,

vive Dios que te hago ahorcar. (*Se adelanta.*)

TOMATE. (*Aparte.*) No me moveré, á fé mia,
aunque el encargo no hiciese;
y si acaso me moviese
para ir mas lejos seria.

REY. (*En voz alta.*)
¡Ah buen hombre!

EMPERAD. (*Con sorna.*) ¿Nada mas?

REY. ¡Hidalgo!

EMPERAD. Mas alto estoy.

REY. ¡Caballero!

EMPERAD. Sí.—Lo soy.

REY. Volved al momento atrás.

EMPERAD. ¿Y eso quién lo manda?

REY. (*Adelantándose resuelto.*) Yo.

EMPERAD. Pues yo me empeño en pasar.

REY. Será despues de lidiar,
que de otra manera no.

EMPERAD. (*Con calma.*) Y el valiente, ¿es caballero?

REY. (*Con calor.*) Tanto, lo juro, cual vos.

EMPERAD. Pues entonces, voto á Dios,
¿por qué está ocioso el acero?

REY. (*Desenvaina la espada.*)
Ya en mi diestra ardiendo está,
rayo de la quinta esfera.

EMPERAD. (*Desenvaina la espada.*)
Pues ya mi espada lo espera,
y ese rayo apagará. (*Riñen.*)

REY. (*Aparte, y riñendo.*)
¡Qué corazon!.... ¡qué destreza!
Merece el cetro del mundo.

EMPERAD. (*Aparte.*) ¡Qué denuedo sin segundo!....
Persona es de gran nobleza.

REY. (*Aparte.*) Con trabajo me defiendo.

EMPERAD. (*Aparte.*) Este hombre á herirme no tira....
Solo á desarmarme aspira.

REY. (*Aparte.*) No logro lo que pretendo.

TOMATE. (*Desde su puesto.*)
Señores, la ronda viene.

REY. (*Retirando la espada.*)
¿La ronda?

EMPERAD. (*Observando un momento.*)

La ronda es.
Dejad que pase, y despues....
REY. (*Envaina la espada.*)
De ella salvarme conviene.
Y pues tan señor os ví,
y que lo soy no dudais,
espero no permitais
que me persigan á mí.
Quedaos, que vos no temeis
el que aqui la ronda os halle;
y mañana en esta calle
por la noche me hallareis. (*Vase.*)
EMPERAD. Confuso quedo á fe mia.
¿Quién es, cielos, este hombre?...
No es estraño que me asombre
tal destreza y valentía.
Sabe quien soy: claramente
al partir me lo indicó.
.......¡Dios eterno!... ¿Será?.... No.
Es imposible.
TOMATE. (*Acercándose.*)
Esa gente
Llega ya.
EMPERAD. (*Envaina la espada.*)
Guardo la espada.
Mantente quieto á mi lado
en el gabán embozado,
y no respondas á nada. (*Se emboza.*)
ALCALDE. (*Dentro.*) Cercadlos, cercadlos luego.
Ninguno se ha de escapar,
y si lo osan intentar
usad las armas de fuego.
Nada vuestro ardor reporte;
pues vive el rey, que no en balde
ha de rondar un alcalde
de su casa y de su corte.

Sale EL ALCALDE con ALGUACILES y ronda con linterna, y rodean la escena, quedando en medio de ella embozados y en silencio el Emperador y Tomate.

ALCALDE. (*Mostrando la vara.*)
A la justicia os rendid.
EMPERAD. (*Sin descubrirse.*)
A la justicia rendidos
estamos.
ALCALDE. (*A los alguaciles.*)
Reconocidos
sean al punto. Sus, venid
con la linterna.
EMPERAD. Os suplico,
señor alcalde, seais
vos quien me reconozcais.
TOMATE. (*Aparte.*) Se va á quedar tamañico.
(*Toma el alcalde la linterna, la acerca al Emperador, este se desemboza y el alcalde cae de rodillas, y lo mismo toda la ronda.*)
ALCALDE. ¡Cielos!.. ¡El emperador!!!
EMPERAD. (*Con gravedad despues de breve pausa.*)
Alcalde, del suelo alzad,
alze la ronda, y callad.
(*Se levantan todos.*)
ALCALDE. Perdon os pido, señor,
si he disturbado...
EMPERAD. No, á fé.
Antes estoy satisfecho
de todo cuanto habeis hecho,
y ese celo premiaré.
ALCALDE. Yo... cuchilladas creí
escuchar hácia este lado...
EMPERAD. No os habeis equivocado,
sonaron, alcalde, sí;
porque á propósito yo
con este mozo el ruido
hize, por ver advertido
si vigilabais ó no.
ALCALDE. (*Ufano.*) La vigilancia es mi norte.
EMPERAD. Con gusto vi que no en balde

ronda á Madrid un alcalde
de mi casa y de mi corte.
No os detengais, continuad.

ALCALDE. Señor ¿quereis que con vos...

EMPERAD. No, buen alcalde: id con Dios.

(*El alcalde y toda la ronda hacen reverencia y van á marchar por el lado por donde se fue el rey. El emperador los detiene y les indica el lado opuesto.*)

Por aquella calle echad.

(*Vanse el alcalde, alguaciles y ronda.*)

EMPERAD. No se quejará á fe mia
mi contrario de que no
le guardo la espalda yo,
cual pide su valentía.

TOMATE. Señor ¿quién será ese bravo?

EMPERAD. No lo sé, ni hay quién lo diga.

TOMATE. Que la ronda le persiga,
y dará con él al cabo.

EMPERAD. No, que grave infamia fuera.
Mañana le encontraremos,
y....

TOMATE. ¿Qué? ¿Otro lance tendremos?

EMPERAD. Me dijo que aqui me espera.—
Mas recoje el bandolin,
que aunque me parece tarde,
temo que mi Elvira aguarde,
y llegar quiero al jardin.

TOMATE. (*Va como á recoger el bandolin y un ronquido ó bostezo de Pierres le detiene.*)
Señor.... ¿no escuchaste?

EMPERAD. ¿Qué?

TOMATE. (*Asustado.*) Por aqui un hombre ha de estar.

EMPERAD. (*Escuchando.*) Cierto. Le oigo respirar,
mas ningun bulto se ve.

TOMATE. Tal vez junto á alguna puerta....

PIERRES. En redor examinemos....

(*Buscan cada uno por distinto lado.*)

TOMATE. (*Tropezando con Pierres.*)
Señor aqui lo tenemos.
Es una persona muerta.

EMPERAD. (*Acercándose.*)
¿Muerta?

TOMATE. No, que es un borracho.
Está en un lago de vino
revolcándose el cochino.
Será algun perro gavacho.

EMPERAD. ¿Si habrá entendido...

TOMATE. Imposible.
Es un tronco.—Hola, tonel.
(*Le da con el pie.*)

PIERRES. (*Revolcándose.*)
Arre allá, que escupo hiel,
y tengo un vino terrible.

TOMATE. ¡Ay señor! Que es el frances
del rey de Francia bufon.

EMPERAD. (*Sorprendido.*) ¿Qué dices... ¡Oh confusion!

TOMATE. Sí, le reconozco; él es.

EMPERAD. El es, y su amo sin duda
quien conmigo ha peleado...!
Fuerza es ya que á este menguado
para indagar algo acuda.
(*Acércase á Pierres.*)
Hola, levante el bribon.
Quién es al punto nos diga.

PIERRES. (*Quedando sentado en el suelo, despues de muchos esfuerzos.*)
Poco á poco.... á mí me obliga
solo.... el señor Alarcon.

EMPERAD. Pues yo soy. ¿Cómo está aqui?

PIERRES. Bebido.

TOMATE. (*Sosteniéndole.*)
¡Gran animal!

PIERRES. Porque puede cada cual....
Y... al cabo... ¿quién manda en mí?
Pues con jamon y Alaejos....
cualquiera.... Digo.... ¿me entiende?
cualquiera.... cuando desciende
de padres cristianos viejos...

EMPERAD. No contesta acorde á nada.

TOMATE. ¡Cuál está!

EMPERAD. Diga ¿y su amo?

PIERRES. Viene de noche... al reclamo
de una niña remilgada.

EMPERAD. ¿De quién?

PIERRES. Muy linda es Leonor.
EMPERAD. ¿Quién?
PIERRES. Y yo... y todo.... la doncella
Leonarda.... tambien muy bella,
Elvira.... Comendador....
Anacleta....
TOMATE. (*Al emperador.*)
¿No lo escuchas?
EMPERAD. Harta luz nos está dando,
y voy con ella aclarando,
Tomate, verdades muchas.
TOMATE. Preguntad.
EMPERAD. ¿Y el rey?
PIERRES. ¿Ahora?
No sé...., que yo.... en el fogon
de Leonarda....
TOMATE. ¡Qué bribon!
y ella ¡qué infame traidora!
EMPERAD. (*Con impaciencia.*)
¿Dó está el rey?
TOMATE. (*Agarrando de una oreja á Pierres.*)
Dilo, gavacho.
PIERRES. Señor Alarcon.... afloje
y la oreja no me moje,
...... que se me ajuma el mostacho.
EMPERAD. Dime.... ¿tu amo...
PIERRES. Ahi estará,
.... ó.... en la torre... Mas de un mes
salimos asi.... Despues
volvemos ambos allá.
EMPERAD. (*Desesperado.*)
Te voy á matar, tunante.
PIERRES. ¡Quia! (*Se vuelve á tender.*)
TOMATE. (*Levantándolo y poniéndolo de pie.*)
Levanta.
PIERRES. Ya voy.... só.
TOMATE. (*Sin soltarlo.*)
Tente, Pierres.
PIERRES. Ese es yo.
TOMATE. (*Lo empuja.*) Anda, pícaro, adelante.
(*Vuelve á caerse Pierres.*)
EMPERAD. (*Aparte paseándose.*)

Ya todo está descubierto;
y es sin duda el rey de Francia
el que con tanta arrogancia
aqui me buscó encubierto.
Y no es la noche primera
que ha salido de la torre;
es quien las calles recorre
armando tanta quimera,
y es tambien el rondador,
que tantos celos me daba.
.......¿Doña Elvira lo ignoraba,
y tambien Doña Leonor...?
¡Cielos!... ¿Si se habrá fugado...?
.......¿Por qué al bufon dejó asi...?
.......¿Cómo otras noches, de aqui
habrá á la torre tornado?
¿Mas... Hernando de Alarcon...
—Hasta que amanezca el dia
no cesará el ansia mia
ni mi inquieta confusion.
(*Pausa.*)
Aunque esta noche haya vuelto,
como hizo las anteriores,
¿quién aquieta mis temores
de que, á fugarse resuelto,
no lo verifique acaso
mañana mismo, de modo
que dé en tierra mi plan todo?
Fuerza es atajarle el paso,
y aunque á fuer de caballero
debo esperarle mañana,
la diadema soberana
me impone un deber primero.
Su fuga, antes del tratado,
á la Europa conmoviera,
y la Europa toda entera
su reposo me ha fiado.
De caballero á la ley
no por esto he de faltar;
pues juro le he de retar
de hombre á hombre y rey á rey.
Despues que esté libre y fiero,

cuando no sospeche el mundo
que mi valor sin segundo
se ejerce en un prisionero.

(*Despues de breve pausa dice á Tomate.*)

Tomate, carga con él.
Pues si la ronda volviese,
y cual debe lo prendiese....

TOMATE. Que se lo lleve Luzbel.

EMPERAD. No, que es fuerza prevenir
un empeño. Allá en la esquina
que está á la torre vecina
lo puedes dejar dormir.
Pues conviene no recuerde
que con nosotros habló.

TOMATE. Nada recordará, no,
que está su zorra muy verde.

(*Hace esfuerzos para cargar con Pierres.*)

EMPERAD. Y cuidado con guardar
secreto de cuanto has visto.
Si se sabe, vive Cristo,
te mando al momento ahorcar.





Jornada tercera.

ESCENA PRIMERA.

Aposento del Rey, que le sirve de prision en la torre de los Lujanes, y aparece el REY solo.

REY. (*Se pasea.*)
No ha sido poca fortuna
que ese pícaro bergante
no me haya comprometido
con su borrachera infame.
Por mas qne me ha asegurado
que no lo habia visto nadie,
que no habló á ningun viviente
mientras estuvo en la calle,
y que se vino á la torre
antes que el alba sonase;
he pasado todo el dia
hundido en ansias mortales.
Mas pues que llega la noche
sin incidente notable,
pienso que verdad me ha dicho,
y mi temor se deshace;
y pues nada se trasluce
de mis nocturnos solaces,
solo anhelo ya la hora
de verme libre en la calle;
que esta noche mas que nunca
me es el salir importante,
y obligaciones me llaman

de que no puedo escusarme.
(*Pausa.*)
¡Qué prodigio de hermosura!
¡qué portento de donaire!
¡qué asombro de entendimiento!
¡qué tesoro de bondades
es Doña Leonor!... La adoro,
y el corazon se me parte
al ver que me corresponde
con la candidez de un ángel·
pues lo mismo que seria
la dicha mas inefable,
la ventura mas preciosa,
la felicidad mas grande
para mí, si rey no fuese;
ser yo rey lo torna y hace
mi mas terrible martirio,
mi infierno mas espantable,
poniendo entre ambos ¡oh suerte!
una barrera de tales
circunstancias, que es de bronce
para impedir nuestro enlace,
y es de cristal trasparente
para que yo los quilates
de su virtud y hermosura
mire, mida, aprecie y ansie.—
—La corona adorna y ciñe
la cabeza, pero parte
el corazon y lo aprieta,
y su rico cerco es cárcel
de los afectos del alma
de do no pueden fugarse.
(*Pausa.*)
¡Ojalá nunca mis ojos
vieran cruzar esta calle
á Leonor! ¡Nunca mis cartas
hasta su cielo llegasen!
Pensé que burlar podia
y distraer mis pesares,
sin interesar mi pecho
con ella, porque ignorante
no conocia los dotes

que la adornan celestiales.
No, no merece Leonor,
tan discreta, tan amable,
tan tierna, tan expresiva,
tan honesta y tan amante,
que mas fingimientos use,
que por mas tiempo la engañe,
perdiéndola en esperanzas
que no pueden realizarse.—
Mas ¡cielos!.... ¿cómo aventuro
el decirle.... el declararme...
:......Envenenado cuchillo,
que el corazon va á rasgarle
serán ¡ay Dios! mis palabras;
porque desengaños tales
que un encanto de delicias
y de ilusiones deshacen,
destrozan aun mas que curan,
y mas que alivian abaten.—
Y yo ¡con cuántos martirios,
congojas, penas, afanes,
ansias, tormentos, dolores,
llantos, despechos, pesares
daré paso á una palabra,
y acentos con ella al aire,
que al tiempo que á Leonor hieran,
es fuerza que á mí me maten!
Mas preciso es resolverme;
que el fingimiento es ya infame.
Y perderse debe todo,
y todo sacrificarse
por salvar la honra y el nombre,
y prevenir un desastre.—

(*Se pasea.*)

Esta obligacion cumplida,
saldré sin que lo retarde
á ver si acaso consigo
darle fin al raro lance
que dejé empeñado anoche.
¡Mal hayan ronda y alcalde,
que á lo mejor me estorbaron
dar realidad á mis planes.—

¡Y qué bien la espada empuña
el Cesar! ¡Qué bien combate!
Por mas esfuerzos que hice
fue imposible desarmarle.—
Apuremos esta noche,
que sin duda ha de esperarme;
pues quien soy no ha traslucido,
ni quien le ha retado sabe,
si aun me es contraria fortuna,
ó si está ya de mi parte.

Sale PIERRES.

PIERRES. Ya que la tarde pasó
sin ocurrir novedad,
vereis, señor, que es verdad
cuanto os he contado yo.

REY. Calla, Pierres, calla, vil.
A tí y al vino maldigo.

PIERRES. ¿Y ¡qué! vuestra alteza, digo,
lo echa acaso en el candil?

REY. No vengas con gracias, ea,
que para gracias no estoy.

PIERRES. Callaré puesto que hoy
tan alta está la marea.

REY. Trae luces, que ya anochece
y no tardará Alarcon.

PIERRES. En cuanto da la oracion
como vestiglo aparece. *(Vase.)*

REY. Si hoy dejo desengañada
á Leonor, y á todo trance
doy el fin que busco al lance,
quitando al Cesar la espada,
no salgo mas. ¿Para qué
si soy tan desventurado,
que solo penas he hallado
en lo que alivios busqué?—
—La paz por horas aguardo.
No sé si mi madre halló
algun reparo, ó si urdió
el César nuevo retardo.
Hasta ver su conclusion

á salir de aqui no vuelvo,
que á esperarla me resuelvo
con paciencia en mi prision.

Vuelve PIERRES con dos candeleros, que pone sobre la mesa.

PIERRES. Ya teneis aqui las velas
y, si yo no me equivoco,
al viejo dentro de poco,
que oigo sonar sus espuelas.

REY. (*Se sienta.*) Ahora me aseguraré
por su semblante y su hablar,
si es que del todo aquietar
tantas zozobras podré.

Sale HERNANDO DE ALARCON.

ALARCON. (*Con mucho respcto deteniéndose.*)
¿Vuestra alteza me permite....

REY. (*Levantándose.*) Entrad, señor de Alarcon.
¿Quién á tan noble varon
con grande placer no admite?

ALARCON. (*Adelantándose.*)
Siempre me honra vuesta alteza.

REY. Siempre os estimo y venero
como á valiente guerrero
dechado de la nobleza.
Sentaos. (*Siéntase el rey.*)

ALARCON. Mil gracias os doy.
De pie, como es justa ley
estar delante de un rey,
para serviros estoy.
¿Y cómo ha pasado el dia
vuestra alteza?

REY. Triste asaz.

ALARCON. Acaso pronto la paz
vendrá á darle la alegria.
¿Y vuestra alteza ha comido
con apetito?

REY. Tal cual,
mas siempre se come mal,
á esta quietud reducido.

ALARCON. Pronto en libertad, señor,
gozareis....

REY. Dios lo permita;
que ya se agosta y marchita
de mi juventud la flor.

ALARCON. ¿Vuestra alteza ha menester
algo, ó exije de mi
algun servicio.... Que aqui
obsequiarle es mi deber.

REY. Con mi gratitud contad,
alcaide cortés y humano:
pero no está en vuestra mano
lo que ánsio, mi libertad.

ALARCON. (*Aparte.*) Se me parte el corazon,
mas no atisbe mi flaqueza.
(*Alto.* ¿Me manda algo vuestra alteza?

REY. (*Levantándose.*) Buenas noches, Alarcon.

(*Alarcon registra con los ojos la estancia y vase, y en seguida se oyen la llave, el cerrojo y la barra.*)

PIERRES. Echa llaves y cerrojos,
viejo cara de vinagre.
¡No te comiera el usagre
desde los pies á los ojos!

REY. Ese anciano vale mucho.
Habla de él con mas respeto.

PIERRES. Será excelente sugeto,
mas tiene cara de chucho.
Y en un año que aqui asisto
ni tan siquiera una vez
su rostro de airado juez
con una sonrisa he visto.

REY. Es cierto que nunca rie.

PIERRES. Pues de rostro tan estraño
que vive sin risa un año,
el demonio que se fie.
Y tiene las fieras garras
mas que su semblante duras.
Aun conservo mataduras
de aquella tarde de marras.

REY. ¿De qué tarde, majadero?

PIERRES. De aquella en que me agarró
este brazo, porque no

me quité pronto el sombrero.

REY. Hizo bien, que el heroismo
con que noble resplandece
gran veneracion merece
y se la tengo yo mismo.—
Mas pues quiso la fortuna
que tu traidora embriaguez
no haya tenido esta vez
mala consecuencia alguna;
vámonos pronto á vestir,
que yo esta noche quisiera,
por si acaso es la postrera,
algo mas pronto salir. (*Vanse.*)

ESCENA II.

Calle, de noche.—Salen EL EMPERADOR, EL CONDE y TOMATE, embozados.

EMPERAD. Espera, Conde, un momento,
que pues tan solo de tí
los proyectos he fiado
que esta noche he de cumplir,
aun tengo otro encargo nuevo
que darte, si en el jardin
logro entrar para que tenga
todo término feliz.

CONDE. Señor, tan solo serviros
es lo que me toca á mí,
dándome por muy dichoso
si acierto siempre á cumplir
vuestros supremos deseos.
Seguro de esto vivid.
Ya está advertido el alcalde
y vendrá sin falta aqui
al primer aviso.

EMPERAD. Conde,
supongo que ignora el fin,
y que sin órdenes tuyas

nada, nada hará por sí.
CONDE. Nada, señor.
EMPERAD. Suele el celo
importuno destruir
los mas concertados planes
del ingenio mas sutil,
y temo....
CONDE. No temais nada.
No dará un paso sin mí.
EMPERAD. Yo en tu lealtad y secreto
apoyo, conde, este ardid
con que empeños grandes tengan
seguro y honroso fin.—
Y tú, Tomate, ¿aseguras
que con su saya y mongil
y sus reverendas tocas
de veras nos va á servir
sin vendernos esa dueña?
TOMATE. Segurísimo estoy, sí,
porque he sabido enredarla
con mas artes que Merlin.
EMPERAD. Repite, porque oiga el conde,
como te has compuesto.
CONDE. Dí.
TOMATE. (*Se desemboza.*)
Empezé, señor, mi ataque
llamándola Serafin
y diciéndole amoroso
que era su cuello marfil,
perlas sus dientes, su rostro
azucenas y carmin;
y á una maraña de canas,
que tizna con sucio hollin
la llamé, Dios me perdone,
madeja de oro de ofir.
Mas lo que le puso loca
(tanto que estuvo en un tris
que una carcajada mia
descompusiera el ardid)
fue el decirle yo muy sério
que era mas fresca que abril;
y que unos treinta tendria,

pero treinta sin cumplir.
Ya me la juzgué rendida;
mas cuando empezé á decir
que á una invencion me ayudára
para entrar en el jardin
con dos ó tres amigotes
esta noche misma, sin
que nadie, nadie lo oliese,
se me rechifló, y hostil
á mis proyectos se opuso,
mas brava que un puerco-espin.
Torné á la carga, mostréla
el bolson con los dos mil,
y por remachar el clavo,
(que fue ocurrencia feliz)
tuve, señor, la osadia
(Dios me la perdone, sí)
de ofrecerle ser su esposo,
con seis mil maravedís
de renta, porque la amaba
con ardiente frenesí.

EMPERAD. (*Riéndose.*) Gran valor fue ciertamente,
que no lo tuviera el Cid,
porque la tal dueña, conde,
no es muger; es jabalí.

CONDE. Ocurrencias de Tomate.
¿Y ella consintió? decid.

TOMATE. A la voz de casamiento
y del oro al retintin,
¿cómo pudiera la bruja
ni un instante resistir?
Mas mansa que una cordera
dijo, que solo por mí,
pues estaba muy prendada
de mi persona gentil,
á todo se prestaria,
como con siniestro fin
y con miras deshonestas
no fuese el enredo; y sí
un chasco puro, inocente,
para burlar y reir.
Todas las seguridades

á sus escrúpulos dí,
y me ofreció maravillas
de su diablura dueñil.

CONDE. ¿Y al cabo....

TOMATE. Encargóme mucho
no tocase el vandolin,
para que ignore Leonarda
y cuantos vienen allí
el enredo. Y ofrecióme
ella en persona salir,
para conducirnos luego
con gran recato al jardin.

EMPERAD. Pues me parece que tarda
ya la maldita en venir.

CONDE. El que espera desespera.

EMPERAD. (*A Tomate.*) Es que si nos halla aqui....

TOMATE. Aun no es la hora en que acostumbra....

EMPERAD. (*Observando.*)
Alguien viene.... ¿No advertis?

Sale ANACLETA muy tapada con su manto, y se queda á la entrada.

ANACLETA. Sin duda que mi Tomate
con los suyos está allí.
A acercarme no me atrevo,
pues son tres hombres.... Chi, chi....

TOMATE. Ya está en campaña la bruja.
A ella me voy.
(*Se acerca á Anacleta.*)
Serafin,
¡qué impaciente os aguardaba!
Nada receleis, venid.
Aquellos son los amigos.

ANACLETA. ¿Y es gente segura? Dí.

TOMATE. ¿Cómo segura?

ANACLETA. Sintiera
que algun pícaro rüin
de la oscuridad valido....

TOMATE. Un san Francisco de Asis
es cada uno de esos hombres.

ANACLETA. Fuera un rayo para mí

cualquiera accion deshonesta,
cualquiera palabra vil;
una mirada atrevida
el mas pequeño desliz;
que aunque de dueña me visto,
doncella soy; eso sí.

TOMATE. No temais nada. Llegad.

ANACLETA. Que vengan ellos aqui;
pues estando todo listo,
mis pasos pueden seguir.

TOMATE. (*Acercándose al emperador.*)
Señor, no perdamos tiempo.
A punto está todo.

EMPERAD. Oid,
conde.

CONDE. Señor....

EMPERAD. Está alerta
con mucho recato, sin
que nadie, nadie te atisbe,
muy escondido, y asi
que entre el hombre, en el momento
á despertar has de ir
á aquel sugeto que sabes,
y á conducirlo al jardin;
pero sin decirle nada
de por qué le llamo aqui.
(*Sigue hablando al conde en secreto.*)

ANACLETA. (*Aparte.*) Creerán que me mamo el dedo,
y no hay diablo tan sutil
que á mí me dé dado falso.
Ya sé que voy á servir
al emperador en esto,
que es aquel mozo gentil
que á doña Elvira enamora.
Desde el punto en que lo ví
la primer noche, al momento
quien era reconocí;
y del presente fregado
algo he de sacar al fin.—
De quien saber no he podido
nada, nada, ¡pese á mí!
es de aquel señor franchute

que anda hecho un Marramaquiz
con doña Leonor. Mas huelo
que es hombre importante, sí,
pues toda esta zalagarda
contra él se va á dirigir.

CONDE. Descuidad, señor, por todo. (*Vase.*)

EMPERAD. Descuidado quedo en tí.
Vámonos pronto, Tomate.

TOMATE. Tras de la bruja seguid.
(*Vanse con Anacleta.*)

ESCENA III.

Sala particular con sillas y mesa, y en ella dos candeleros con velas encendidas, y salen DOÑA LEONOR afligida, y DOÑA ELVIRA.

D.ª ELVIRA. En mal hora, prima mia,
de tu tierno corazon
se apoderó esta pasion
que consume tu alegria
llenándote de afliccion.
¡Oh cuánto mejor estabas,
cuando libre y desdeñosa
de los amores burlabas;
y tan alegre y hermosa
á todo hombre despreciabas!
¡Ay!... Te desconozco, sí.
Tu triste estado me inquieta.
Mira, mi Leonor, por tí;
y pues eres tran discreta,
remedia tu frenesí.
Pasas infeliz las horas
en mudo desasosiego,
con que tu pecho devoras.
Que mires por tí te ruego....
¿Nada me dices.... ¿Y lloras?

D.ª LEONOR. ¡Ay prima!... ¿Qué he de decir?
Estoy tal que no me entiendo;

y mientras que mas pretendo
sobre mi afan discurrir,
menos su rigor comprendo.
Este don Juan.... ¡loca estoy!
tan galan y tan afable,
tan rendido, tan amable,
de quien con el alma soy,
es un ente inesplicable.
De que me ama, y mucho, Elvira,
tengo gran seguridad:
muy grande, prima, en verdad;
y sobre ella ¡ay de mí! gira
mi afliccion y mi ansiedad,
pues lo mismo que debiera
de mis dichas fundamento,
de mis venturas cimiento
ser, quiere la suerte fiera
sea causa de mi tormento.

D.ª ELVIRA. ¡Ay Leonor!....

D.ª LEONOR. Sí, sí: me adora.
Las mugeres conocemos
cuándo un alma poseemos,
y esta certeza es ahora
motivo de mis estremos.

D.ª ELVIRA. Pues qué te aflige no sé.

D.ª LEONOR. Que poseyendo su amor,
y amándole yo ¡oh rigor!
una cosa oculta hay, que
nos llena á ambos de dolor.

D.ª ELVIRA. ¿Él es libre?

D.ª LEONOR. Sí; lo jura,
y al jurarlo no mintió.

D.ª ELVIRA. ¿Es noble?

D.ª LEONOR. ¿Quién lo dudó?

D.ª ELVIRA. Pues entonces, ¿qué te apura?

D.ª LEONOR. Si tampoco lo sé yo.
Hay un enigma en don Juan,
un misterio impenetrable,
no sé qué incomunicable;
pero tan oscuro, y tan
raro, nuevo, inesplicable,
que él no lo sabe decir,

ni yo lo sé adivinar;
que él no lo puede ocultar,
ni yo dejar de advertir.

D.ª ELVIRA. Es confusion singular.

D.ª LEONOR. Y de aqui nace esa estraña,
esa variacion constante
de carácter y semblante,
con que me confunde y daña
sin piedad á cada instante.
Mas como en tal variedad
de gesto y conversacion,
siempre arder una pasion
llena de honor y ansiedad
descubro en su corazon,
loca, te lo juro, estoy,
y de dolor abrumada,
y perdida, enamorada;
mas sin saber donde voy,
por un encanto llevada.

D.ª ELVIRA. Pues juzgo, Leonor, forzoso
que, por mucho que te aflija,
tu amor decidido exija
de galan tan misterioso
una esplicacion prolija.

D.ª LEONOR. ¡Ay! Estoy en tal estremo,
que aunque asi debiera ser,
y soy curiosa muger,
sondar ese abismo temo
y el tal arcano saber.

Sale ANACLETA.

ANACLETA. (*A doña Leonor.*) Señora, llega don Juan.
Ya baja á abrirle Leonarda.

D.ª ELVIRA. Prima, á Dios.

D.ª LEONOR. Elvira, aguarda.

D.ª ELVIRA. No, que sube tu galan. (*Vase.*)

ANACLETA. (*Aparte.*) Empiece la zalagarda. (*Vase.*)

Sale EL REY.

REY. (*Al entrar, como hablando á fuera.*)
Cuidado, Pierres, cuidado.
Si osas el vino mirar,
vive Dios, te has de acordar.
Leonarda, os queda encargado.

D.ª LEONOR. Don Juan, ¿por qué os deteneis?

REY. (*Avanzando.*) Doña Leonor celestial,
buena y linda sin igual,
ya á vuestras plantas me veis.
Y nunca mas anhelante
llegó á veros presuroso
quien solo aqui es venturoso,
vuestro mas rendido amante.

D.ª LEONOR. Sentaos.
(*Se sientan ambos.*)
Con desasosiego
aguardé vuestra venida.
Estoy hoy tan combatida
de este mar en que me anego,
que con inquietud y afan,
pues vuestra presencia calma
los tormentos de mi alma,
os esperaba, don Juan.

REY. ¿Y qué os aflige, Leonor?

D.ª LEONOR. ¿Qué, don Juan?.... ¿No lo sabeis?...
Esos enigmas que habeis
dado á acertar á mi amor.
Descifrarlos él no puede;
y hecho un mar de confusiones,
conjeturas y aflicciones,
fuerza es que mi pecho quede.
Y mi buena fé y ternura
no merecen, no, por Dios,
ni tanta reserva en vos,
ni en mí tan fiera amargura.

REY. Leonor, sois la pura estrella
tras quien deslumbrado voy,
por quien desdichado soy
gozando de su luz bella.

Estoy tan ciego por ella,
que juzgo en el firmamento
tener á su lado asiento,
y ver no puedo el abismo
que debajo de mí mismo
de tanta dicha es cimiento.
El amor puro y ardiente
que os tengo, y el puro amor
con que me haceis, oh Leonor,
el mas dichoso viviente,
son las causas solamente
de tanta reserva y tan
oscuro y molesto afan:
y á ambos nos importan, sí,
que es para que yo esté aqui
la reserva el talisman.
Si lo rompo yo imprudente,
si curiosa lo rompeis,
yo quedo, y vos quedareis
sobre el abismo pendiente.
Pues ciego amor no consiente
que se mire en derredor,
porque absortos en su ardor
y sin mañana nos quiere,
Leonor, que sea lo que fuere,
obedezcamos á amor.

D.ª LEONOR. Del amor es el instinto
sus dichas asegurar,
y no anheloso vagar
por un ciego laberinto.
Claro, seguro, distinto,
quiere ver delante el puerto,
un fin terminante y cierto,
pues vive de la esperanza;
y amor que á verla no alcanza,
es amor que está ya muerto.
Segura de que me amais
y segura de que os amo,
saber ansiosa reclamo
el enigma que ocultais.
Os ruego me lo digais,
don Juan, sin salir de aqui:

notad que vivir asi
ya no podemos los dos.
Quien sois ved: y quien soy vos
hablad por vos y por mí.

REY. Sí, Leonor, voy á apagar
de un soplo la luz del sol,
cuyo ferviente arrebol
á ambos nos pudo abrasar.
Voy mi pecho á destrozar,
y á romper el vuestro voy.
Resuelto, resuelto estoy
á tornar el paraiso
en infierno: es ya preciso
por vos misma, y por quien soy.

Dª. LEONOR. ¡Ah!... Desfallezco.... Decid.

REY. Estoy mortal.... ¡Oh rigor!

D.ª LEONOR. Hablad, hablad.

REY. (*Resuelto.*) Mi Leonor,
no mas misterios. Oid.

Sale DOÑA ELVIRA muy asustada.

D.ª ELVIRA. ¡Ay Leonor! Vengo muerta.

D.ª LEONOR. (*Levantándose sorprendida.*)
¿Pues qué ocurre?

REY. (*Lvantándose sorprendido.*)
¡Señora!

D.ª ELVIRA. A nuestra puerta
la ronda está formada,
y la casa allanada
va á verse en el momento.

D.ª LEONOR. ¿Mas con qué fin?....

REY. Señora, ¿con qué intento?...

D.ª LEONOR. (*Muy apurada.*) ¡Infelice de mí!

D.ª ELVIRA. (*Al rey.*) Sin duda alguna
viene á buscaros.

REY. ¡Pese á mi fortuna!
Yo sabré en todo caso
con mi espada y valor abrirme paso.

(*Hace ademan de desenvainar la espada.*)

D.ª LEONOR. (*Deteniéndole.*) ¡Don Juan!

REY. ¡Gran compromiso!

D.ª ELVIRA. Que apeleis á la fuga es ya preciso.
D.ª LEONOR. ¿Y por dónde podrá....
D.ª ELVIRA. Si á toda priesa
el jardin atraviesa,
por la verja, Leonor.
D.ª LEONOR. Muy bien pensado.
REY. Pronto.
D.ª LEONOR. Pronto.
D.ª ELVIRA. Venid por este lado.

Por la parte por donde se van á marchar, salen precipitados y despavoridos LEONARDA y PIERRES.

LEONARDA. ¡Ay señores!... ¡Qué miedo!...
....He visto....
D.ª LEONOR. ¿Qué, Leonarda?
LEONARDA. Hablar no puedo.
....He visto.... mucha gente,
que el jardin ha ocupado de repente.
D.ª LEONOR. ¿El jardin?
LEONARDA. Sí, señora.
D.ª LEONOR. (*A doña Elvira con viva ansiedad.*)
¿Será, Elvira, tal vez.... Mas no es la hora.
D.ª ELVIRA. No, que hoy al medio dia
me escribió que esta noche no vendria.
¡Cielos!... ¿Qué será esto?
D.ª LEONOR. Ser desdichada yo.
D.ª ELVIRA. (*Con viveza.*) Remedio, y presto
buscar es necesario.
PIERRES. (*Al rey, y muy precipitado.*) Es el vejete,
sin duda, el que nos busca y acomete.
Mas gente hay en la calle
que ha de encerrar de Josafat el valle,
y en el jardin lo mismo,
que es de bultos siniestros un abismo.
Alguaciles, soldados,
canónigos, letrados,
y los niños doctrinos,
y la comunidad de capuchinos,
y tercios, y escuadrones,
y cuarenta galeras,
y las monjas terceras

con órganos, ciriales y pendones
en torno nos circundan.
Por Dios en algun pozo nos confundan,
si es que lo hay en la casa,
mientras la furia del asalto pasa.
....Todo cuanto he cenado está ya acedo,
y de descomponerme estoy á un dedo.

REY. Calla, bribon, cobarde.

D.ª LEONOR. Algun partido
forzoso es abrazar.

Sale ANACLETA.

ANACLETA. Todo perdido
está ya. Me he tardado
hasta ver si quedaba descuidado
algun sitio oportuno
para escapar, y no quedó ninguno.

LEONARDA. Tal vez la puerta falsa....

D.ª LEONOR. Sí, sí, Elvira.

D.ª ELVIRA. (*A Leonarda.*) Desde el sobrado mira
si aun está libre acaso.
(*Vase Leonarda.*)

ANACLETA. Sí; mas notad que es el forzoso paso
para ir al corredor y á la escalera
que á la puerta trasera
baja, y no hay otro....

D.ª LEONOR. (*Con gran ansiedad.*) Cierto, de mi tio
justamente la alcoba.

D.ª ELVIRA. (*Suspensa.*) Sí.

D.ª LEONOR. (*Abatida.*) ¡Ay Dios mio!

D.ª ELVIRA. (*Resuelta.*) Está en el primer sueño
y tal vez no despierte.
Pongamos algo en brazos de la suerte.
Pasando sin rumor....

REY. (*Aparte.*) ¡Oh duro empeño!

ANACLETA. Iré á ver si el postigo....
(*Aparte.*) A dar parte de todo voy ligera,
pues que de esta manera
las instrucciones que obedezco sigo.
¡Que se me fuese á mí de la memoria,
que estaba libre aquella escapatoria! (*Vase.*)

Sale LEONARDA.

LEONARDA. Libre la falsa puerta
está, señora, sí. Por ella....

D.ª ELVIRA. (*Toma un candelero.*)
Al punto.

REY. (*Deteniéndose indeciso.*)
¿Y si ese caballero se despierta,
y sospecha tal vez....

PIERRES. (*Aparte.*) Estoy difunto.
Ya huelo mal.

D.ª LEONOR. (*Toma el otro candelero.*)
Es fuerza resolverse.

REY. Vamos.

LEONARDA. Pisad mas quedo.

PIERRES. No hay digestivo que le iguale al miedo.

(*Al ir todos á entrar por la puerta del fondo, quedan parados y sorprendidos oyendo la voz del Comendador.*)

COMEND. (*Dentro.*) ¿Quién trastorna mi casa?
¿Qué es esta confusion? ¿Qué es lo que pasa?

REY. Ya despertó.

D.ª LEONOR. (*Muy afligida.*)
¡Dios mio!

LEONARDA. (*Asustada.*)
¡Ay que sale, señor!.... (*Vase.*)

D.ª LEONOR y D.ª ELVIRA. ¡Cielos, mi tio!

(*Huyen despavoridas tirando los candeleros y queda la escena en tinieblas. El rey saca la espada y se retirá á un lado. Pierres se esconde con mucho miedo detras de su amo.*

Sale EL COMENDADOR á medio vestir, y con la espada desnuda.

COMEND. (*Avanzando lentamente y á tientas.*)
¿Quién corre y mata las luces?
¿Quién ha entrado en esta sala?
¿Quién esta calle alborota?
¿Quién ese jardin asalta?
Vive Dios, que he de saberlo;
vive Dios, que á cuchilladas
ha de castigar mi brazo

á quien trastorna mi casa.
Luces, luces... Vengan pronto.
Hola.... Anacleta!.... Leonarda!
Leonor!.... Elvira!....

REY. (*Aparte.*) Si acaso
este buen hombre me ensarta
sin querer, quedo servido.
Pondré delante mi espada.

COMEND. (*Esgrimiendo á tientas encuentra con la espada del rey.*)
Ya lo encontré, ya un acero
osa oponerse á mi rabia.
La oscuridad nada importa,
que la embravecida llama
del valor que arde en mi pecho
del enojo que me inflama
sobra para que lo encuentre,
para que le rinda basta.

(*Se cruzan las espadas varias veces, y luego se separan y se pierden.*)

Salen DOÑA LEONOR y DOÑA ELVIRA. LEONARDA y ANACLETA con luces. El rey envaina de pronto y se emboza, y Pierres se mete debajo de la mesa.

COMEND. (*Al rey.*) Quién sois vos, y que buscais
á estas horas en mi casa?

REY. (*Con moderacion y sin desembozarse.*)
Tened.—Soy un caballero,
que vuestro amparo demanda.

COMEND. ¿Cómo...

REY. Escuchadme. (*Aparte.*)
Aqui es fuerza
que de mi ingenio me valga
para poder evadirme
sin descubrir á mi dama.
(*Alto y con rapidez.*)
Señor, me importa ocultarme,
y perseguido sin causa
por la ronda, á vuestra puerta
llegué cansado: al tocarla
para repararme, advierto

que sin cerrar y encajada
paso y refugio me ofrece;
entro, cierro, echo la aldaba,
y buscando ansioso al dueño
por rogarle me ocultára
mientras pasaba el peligro,
siguiendo de luz lejana
las vislumbres, aqui llego
donde me encuentro á dos damas
haciendo labor; se asustan,
huyen, las luces apagan,
y me quedo amenazado
de vuestro enojo y espada.

D.ª ELVIRA. (*A Leonarda en secreto y con viveza.*)
Apóyalo, dí que abierta
la puerta quedó, Leonarda.

LEONARDA. (*Poniendo el candelero sobre la mesa.*)
Señor, perdóname. Es cierto
que olvidé el echar la aldaba
cuando entrásteis, porque á voces
las señoras me llamaban,
y estando asi nó es estraño.....

COMEND. (*Indeciso.*)
¿Quién..... La prudencia me valga.
¿Quién que sois un caballero;
quién, que os persigue sin causa
la justicia, me asegura?
Y aunque asi sea, ¿mi casa
qué inmunidad os ofrece?—
Dicho habeis que os importaba
ocultaros, y este dicho
despierta sospechas claras.
Si sois traidor á mi rey,
si enemigo de mi patria,
si por crímenes de estado
la justicia tras vos anda;
¿pensais que yo en mi conciencia
de encubridor y de capa
puedo serviros, burlando
la accion de las sacrosantas
leyes?—Jamás.

D.ª LEONOR. (*Al comendador.*) Ya acogido,

señor, á tu amparo....

COMEND. Calla,
que no entiendes de estas cosas.
(*Al rey.*) ¿Mis reflexiones os pasman.—
—Si por dicha vuestro nombre
á satisfacerme basta,
¿por qué lo ocultais?... Decidlo.

REY. (*Dudoso.*) Señor.... ¿mi nombre.... Bastára,
bastará, sí; yo os lo juro.

COMEND. ¿Por qué vuestro labio tarda
en pronunciarlo?.... ¿Quién sois?

REY. (*Desembozándose y presentándose con dignidad en medio de la escena.*)
El rey Francisco de Francia.

D.ª LEONOR. (*Cae desmayada en brazos de Elvira.*)
¡Cielos!

D.ª ELVIRA. (*Colocando en una silla á doña Leonor.*)
¡Leonor!

COMEND. (*Sorprendido y envainando la espada.*)
¡Grave caso!

ANACLETA. (*Aparte.*) De ocurrencia tan estraña
corro con la nueva al punto.
Grande ventura me aguarda,
pues me encuentro de patitas
entre personas tan altas.

(*Vase dejando sobre la mesa el candelero.*)

REY (*Aparte.*) ¡Ay de mí, que un rayo han sido
para Leonor mis palabras!
(*Alto al comendador con dignidad.*)
¿Qué os hiela? ¿Qué os petrifica?
Si alguna duda os amaga
acercad á mí esas luces.
Reconocedme, acercadlas;
que no es la primera vez
que me visteis cara á cara.

COMEND. (*Sosegado y respetuoso.*)
Señor, porque os reconozco
tan gran confusion, me embarga,
pues me parece un ensueño,
una pesadilla infausta,
á un rey que está en una torre
verlo á tal hora en mi casa,

en donde forzosamente
le debe de ser negada
la hospitalidad, que el hombre
de menos valer hallára.—
(*Resuelto.*)
¿Qué es esto?.... Si vuestra alteza
la fuerte cárcel quebranta,
de mi rey en deservicio
es y en mengua de mi patria,
y yo soy un fiel vasallo,
y soy español sin tacha,
y la lealtad y la honra....
.......Harto os digo, señor; basta.

REY. (*Turbado.*)
¿Pues qué.... ¿intentais....

COMEND. Vuestra fuga
sé, vuestra estrella contraria
os pone en mis manos; juzgue
vuestra alteza, pues inflama
la sangre de caballero
su corazon de monarca,
lo que hacer á mí me cumple
para salvar honra y fama.
Y vuestra alteza conozca
el empeño, la desgracia
que con su régia visita
me trajo á mí, y á mi casa.
La ronda, que por respeto
á mi nobleza y mis canas,
aun no ha allanado mi puerta,
al cabo vendrá á allanarla.
Y al veros aqui conmigo,
(*Con grave entereza.*)
pues vive Dios, no se aparta
de mí un punto vuestra alteza,
cómplice con razon clara
me creerá de vuestra fuga;
¿y cómo borro esta mancha?

Sale ANACLETA.

ANACLETA. Cuanto esta noche sucede

parece cosa de magía.
La ronda con gran silencio
se marchó.

COMEND. Con ella vayan
mil Satanases.

D.ª ELVIRA. (*Admirada.*) ¿Marchose?

ANACLETA. No hay ya en la calle ni un alma.

LEONARDA. (*A Anacleta.*) ¿Y aquella gente maldita,
que por el jardin andaba?

ANACLETA. Tambien marchó; volaverunt.
(*Aparte.*) Como que yo á la antesala
contigüa los he traido,
y desde ella ven la zambra,
y oyen con mucho contento
cuanto en esta pieza pasa.

PIERRES. (*Saliendo de debajo de la mesa.*)
Señores, muy buenas noches.

LEONARDA. (*Dando un chillido.*)
¡Ay!

ANACLETA. (*Santiguándose.*) ¡Jesus... Una fantasma.

COMEND. ¿Y quién es ese demonio?

REY. Mi bufon.—¡Maldito!

PIERRES. A gatas
he estado bajo el bufete,
devanado en telarañas,
mientras que se iba la ronda;
pues las rondas me dan bascas.

REY. (*Con gran desahogo.*)
Supuesto que ya la ronda
sin mas insistir se aparta
y retiró los esbirros
con que ese jardin guardaba,
que quien yo soy no sabia
parece una cosa clara,
que me siguió por seguirme,
que al fin perdió mis pisadas,
que entrar aqui no me ha visto;
y asi felizmente acaba,
comendador, vuestro empeño,
y mi grave apuro cambia.

COMEND. ¿Y qué, señor...

REY. (*Con risueña soltura.*) Ahora resta
que á vos y á estas nobles damas
pida y suplique rendido
dispensen molestias tantas,
con que imprudente he turbado
el reposo de esta casa;
y tomando su licencia
(*Al comendador.*)
y dándoos á vós las gracias,
regreso al punto á la torre,
antes que noten mi falta.
Vamos, Pierres.

COMEND. (*Deteniéndole.*) Vuestra alteza
pienso que de burlas habla.
¿Cómo puede imaginarse
que yo en su escolta no vaya?

REY. (*Sorprendido.*)
¿Vos, conmigo....

COMEND. Ciertamente,
señor; y la cosa es clara,
pues que me cabe la honra
de ser vuestro alcaide y guarda;
(*Con entereza.*)
que aqui estais tan prisionero
como en la torre.

REY. (*Confuso.*) Me pasma
vuestro arrojo.... Yo he salido
de la torre noches varias,
solo á divertirme un rato....
.......Y siempre he vuelto.... que....

COMEND. Nada
de lo que ocurrió otras noches
quiero saber, pues me basta
veros esta fugitivo,
teneros, señor, en casa,
de vuestra regia persona
reconocer la importancia,
y que de ella apoderarme
y con fuerza asegurarla,
porque á mi rey sirvo en ello,
y en ello sirvo á mi patria,
es mi obligacion.— Yo mismo

preso os llevaré.— Leonarda,
echa la llave á la puerta
pronto, y á mis manos tráela.
(*Vase Leonarda.*)

REY. (*Impaciente.*)
Mas.... ¿comendador, que es esto?

COMEND. Cachaza, señor, cachaza.
Sin escándalo del mundo,
sin que se trasluzca nada,
y sin que en Madrid se diga
que burlais la vigilancia
de los que á su cargo os tienen,
ni que habeis (pues fuera causa
de hablillas), echado mano
de una fuga que os infama;
con el respeto debido
á vuestra persona sacra,
mas ¡vive Dios! muy seguro,
á la torre destinada
para guardaros, yo mismo
os conduciré.

Sale LEONARDA.

LEONARDA. (*Entrega una llave al Comendador.*)
Tomadla.

COMEND. (*Toma la llave.*)
Esperad un breve instante.
(*Vase precipitado por la puerta del foro.*)

PIERRES. (*Al rey.*) Dimos, señor, en la trampa.

D.ª ELVIRA. (*Aparte.*) ¡Cielos.... qué irá á hacer mi tio?

REY. (*Aparte.*) ¡Qué gente la castellana!....
Todo me parece un sueño.
¡Leonor!... Mi pecho se abrasa,
Aprovecharé este instante.
(*Se acerca á Doña Leonor.*)
¡Leonor! Leonor!....

D.ª LEONOR. (*Se levanta de la silla muy afligida, pero con mucha dignidad.*)
¿Qué me manda
vuestra alteza?

REY. ¿No me dice

vuestro labio....

D.ª LEONOR. Señor, basta.
Ya solo en mi pecho quedan
lágrimas y no palabras.

Sale EL COMENDADOR trayendo en la mano una rica faja moruna de seda y oro.

COMEND. Señor, vuestra alteza es mozo,
otro joven le acompaña,
yo soy anciano sin fuerzas
mas que en la honra y en el alma:
con vos solitarias calles
de oscuridad circundadas
voy á atravesar; y es justo
que un preso tal, de importancia
tan grande, de tanto brio,
de tanto poder y fama,
en manos de un pobre viejo
bien asegurado uaya.

REY. ¿Seguridad suficiente
no puede dar mi palabra?

COMEND. ¡Ah señor!.... á vos apelo....
Perdonadme, ya empeñarla
no podeis, que allá en la torre
os la piden y reclaman.

REY. (*Aparte.*) Vive Dios, que me confunde,
y que el rostro se me abrasa.

COMEND. (*Con respeto.*) Yo, señor, no oso privaros,
Dios me libre, de la espada;
que espada de un rey, tan solo
otro rey ha de tomarla,
como no sea con gloria
en el campo de batalla;
mas permitireis que os ligue
(*Hinca una rodilla.*)
rindiéndome á vuestras plantas,
los brazos, y no os asombre,
con aquesta rica faja.

REY. (*Aparte.*) Este viejo testarudo
sin duda alguna me ata.—
Mejor es tomarlo á burlas

y salga por donde salga.

COMEND. Pues de tal origen viene
y está á tanto acostumbrada,
que aunque os sujete un momento,
vuestra dignidad no empaña.

(*Poniéndose de pie y con dignidad y entereza.*)

Yo se la gané al Malique
en el asalto de Baza.
Aun de su valiente sangre
la ilustran antiguas manchas.
Y yo sujeté con ella
al rey chico de Granada
cuando rindió al gran Fernando
los castillos de la Alhambra.

REY. (*Aparte y entusiasmado.*)
¡Con qué respeto lo escucho!
¡Oh qué sangre tan hidalga!

COMEND. Ya veis que tal ligadura,
que parece que se aguarda
por el misterioso cielo
para ocasiones tan altas,
no afrenta, no. Con sus nudos
no deshonra lo que enlaza.

REY. (*Asombrado.*)
¡Comendador.... ¿No hay remedio?

COMEND. (*Resuelto y empuñando la espada.*)
No hay remedio, rey de Francia.

Sale de repente HERNANDO DE ALARCON y detras de él muy embozados, quedándose en ala á la entrada EL EMPERADOR, EL CONDE y TOMATE.

ALARCON. Sí le hay, que en buena ocasion
de este empeño á libertaros
y el régio preso á tomaros
llega Hernando de Alarcon.

(*Todos quedan asombrados y Pierres con mucho miedo se esconde entre unos y otros.*)

COMEND. (*Aparte.*)
¿Y por dónde este hombre ha entrado,
si yo tengo aqui la llave?

REY. (*Aparte.*) Ya es el conflicto mas grave.

PIERRES. Ahora el seron se ha llenado.

ALARCON. (*Al rey con entereza.*)
¿Y qué es aquesto, señor?
¿Cómo vuestra alteza aqui?
¿Puede comportarse asi
persona de tal valor?
¿Tan esclarecido rey
la pleitesia quebranta
y huella con libre planta
del juramento la ley?
A un caballero le guarda
de su palabra el seguro,
no reja, no alzado muro,
no vigilante alabarda.
Vos la palabra me disteis,
de aquel juramento amen,
de no fugaros.... ¡Muy bien
ambos empeños cumplisteis!

REY. (*Mortificado.*) Noble alcaide, perdonad;
deponed el justo enojo.
De escucharos me sonrojo,
mas mi descargo escuchad.
Que aunque hablar ya no debiera,
y á mi magestad ofendo,
satisfaceros pretendo,
porque mi pecho os venera,
y porque hay un caballero
y unas damas, que esto ven,
y me interesa tambien
salvar mi honra lo primero.—
(*Con dignidad.*)
No falté á la pleitesía
ni á mi palabra falté,
pues yo tan solo juré
que jamas me fugaria.
Y cual bueno lo cumplí,
aunque tuve la ocasion....,
mas nunca la tentacion,
porque para rey nací.
Un mes hace, un mes cumplido
que todas las noches salgo.
¿Y habeis advertido algo....

Fugarme hubiera podido.
Pues nó lo hice, ¡vive Dios!
Si he dado fiel cumplimiento
á palabra y juramento
juzgadlo, cual noble, vos.
(*Enojado.*)
He salido á divertir
mis penas, mas no á fugarme.
Nadie pues puede afrentarme,
ni yo lo he de permitir.

D.ª LEONOR. (*Aparte.*) ¡Y qué bien que se defiende
de haberme á mí asesinado!...

D.ª ELVIRA. (*Aparte.*) ¡Qué galan y bien hablado!
¿Qué helado pecho no enciende?

COMEND. Señor Alarcon, su alteza
prueba muy bien su lealtad.

ALARCON. Comendador, es verdad,
mas con una sutileza.
Y todo se lo concedo,
mas que de mí se ha burlado,
y mi buena fe engañado
dejar aparte no puedo.
(*Al rey.*)
Me habeis burlado, señor,
burlado mi buena fe....
........¿Ahora qué responderé
al augusto Emperador?
Satisfaccion conveniente,
y satisfaccion cabal
esta ofensa personal
reclama debidamente.
Y yo, alto rey, os la exijo
caballero á caballero,
esgrimiendo el noble acero
en lugar y en plazo fijo;
y pues vuestra dignidad
tal empeño no permite,
porque tan solo se admite
donde hay perfecta igualdad,
(*Con calor.*)
venga un frances campeon,
el que mas al mundo asombre,

á lidiar en vuestro nombre,
con Hernando de Alarcon.

(Se descalza un guante y lo tira en medio de la escena. El emperador se desemboza repentinamente, y se le ve ricamente vestido y con el collar del toison de oro, y recoge el guante con gran rapidez. El conde y Tomate se desembozan y descubren. Todos quedan en la actitud del mayor respeto.)

EMPERAD. *(A Alarcon.)*
Baste. *(Al rey.)* Llegad á mis brazos
generoso rey de Francia,
y vuestra noble arrogancia
en tan amistosos lazos
la paz firme venturosa
que entre los dos reina ya.

REY. *(Arrojándose en los brazos del emperador.)*
Esta la firma será
de fuerza mas poderosa.

EMPERAD. Aun mas que amigos, hermanos
nos vea la cristiandad
guerra hacer á la impiedad,
y guerra á los mahometanos.

REY. Y á ambos unidos, señor,
nos vea el Asia con espanto
ganar el sepulcro santo
en que durmió el Salvador.

ALARCON. *(Al emperador, hincando una rodilla.)*
Invicto César....

EMPERAD. *(Dándole su guante, y alzándole con gran atencion.)*
Alzad.
Sé lo mucho que valeis.
Nada que decir teneis.
Conozco vuestra lealtad.

COMEND. *(Hincando una rodilla delante del emperador.)*
¡Oh qué gozo!.... Permitid,
pues mi humilde choza honrais,
y en alcázar la tornais
el mas alto de Madrid,
que á vuestros pies este anciano
hoy su familia os presente,

y que pida reverente
besar vuestra sacra mano.

EMPERAD. Alzad, buen comendador.
De Calatrava clavero
os nombro, que premiar quiero
tanta nobleza y valor.

(*El comendador le besa la mano.*)

¿Son estas vuestras sobrinas?

COMEND. (*Presentándole á doña Elvira.*)
Elvira.

(*Doña Elvira se arrodilla y le besa la mano.*)

EMPERAD. Sois muy hermosa.

COMEND. (*Presentándole á doña Leonor.*)
Leonor.

EMPERAD. (*Mirando maliciosamente al rey.*)
¿Y por qué llorosa?....
(*Al comendador.*) Teneis dos perlas divinas.
Id, y besadle la mano,
porque en ello tendrá gusto,
y porque acatarle es justo,
al rey de Francia mi hermano.

(*Llega el comendador al rey, y le besa la mano.*)

REY. De castellano tan fiel
que no me desaire espero,
y le nombro caballero
de la orden de san Miguel.

(*Llega doña Elvira.*)

Esta cadena, señora,

(*Se quita una cadena del cuello y se la pone á doña Elvira, sin permitir que le bese la mano.*)

os recuerde al desgraciado
que en vuestra casa ha logrado
entrar en tan buena hora.

(*Llega doña Leonor muy turbada.*)

Siento en el alma el disgusto
que sin querer os causé.
En vuestro rostro se vé
que aun no calmó vuestro susto.

(*Rehusa el que le bese la mano.*)

D.ª LEONOR. (*Aparte.*) ¡Cruel!

REY. (*Aparte á doña Leonor.*)
¡Ah! Me estoy muriendo.

Soy mas infeliz que vos.

D.ª LEONOR. (*Aparte al rey.*)
¡Ay!.... No lo permita Dios.

REY. (*Alto.*) Que me permitais pretendo
que á vuestra belleza añada
de dote cien mil ducados,
que años mil afortunados
goceis, con gusto casada.

D.ª LEONOR. (*Con altivez.*)
Gracias os doy. Mas no admito;
porque tengo pensamiento
de retirarme á un convento,
donde nada necesito.

ANACLETA. (*Aparte.*) ¡Repentina vocacion!

D.ª LEONOR. (*Clavando los ojos en el rey.*)
Este mundo es todo engaños,
y quiero burlar sus daños
en eterna reclusion.

REY. Pero el dote es vuestro ya,
y de él podeis disponer.
(*Aparte.*) ¡Oh qué celestial muger!

D.ª LEONOR. (*Aparte.*) Mi alma adorándolo está.

EMPERAD. (*Al rey.*) Señor, hermano y amigo,
á que hablemos mas despacio,
y á descansar, á palacio
venid, os ruego, conmigo.

REY. César generoso, aun nó;
que á la torre he de volver,
por exigirlo un deber
con que es fuerza cumpla yo.
Que el mundo diga no quiero
que fugitivo me ha hallado
la paz, habiendo faltado
á la fé de caballero.
Y para satisfacer
al respetable Alarcon,
con él solo á la prision
esta noche he de volver

(*Alarga la mano á Alarcon con mucha gracia y amabilidad.*)

EMPERAD. Tal delicadeza admiro.
Con la pompa conveniente